
BLOQUEO EN EL ESPACIO
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
RAY KUALITER
IBañez

RAY KUALITER

BLOQUEO EN EL ESPACIO

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Dep. legal V. 59.—1961
PRINTED IN SPA1N
EDITORIAL VALENCIANA—VALENCIA

Num. Rgtro. 6.687.—1960


en el
RAY

CAPITULO PRIMERO

Llevaba ya más de dos horas sentado en el aparato de televisión, y, con estudiada pausa, manejaba los mandos que movilizando las potentísimas lentes de enfoque, proyectaban en la pantalla una visión casi inmediata de la superficie de la Tierra, que, escudriñaba cuidadosamente.

El espectáculo era desolador; kilómetros y kilómetros aparecían yermos y sin muestra del más pequeño soplo de vida. La Tierra moría lentamente.

Wranel, contemplaba el aterrador espectáculo de la decrepitud del astro con un sentimiento de nostalgia, como si algo de sí mismo muriera con la vieja Tierra.

Hacía más de veinte años que vivía en el Satélite B.X.66, que rodaba en la órbita del Sol, y, desde donde, casi constantemente, se observaba el planeta.

La vida en la superficie de la Tierra se había hecho prácticamente imposible.

Desde mucho tiempo atrás, se luchaba intensamente para poner en órbita los grandes satélites artificiales que recogían en su interior a los mejores hombres de cada país.

Era una lucha desesperada contra el implacable reloj del tiempo. Debía intentarse, por lo menos, salvar a la Humanidad de su complete desaparición de la faz del Globo, que ya no reunía las condiciones necesarias para la existencia normal de la especie humana.

La masa interior del planeta se había enfriado, no permitiendo el desarrollo ni siquiera de la vida vegetal. La alimentación humana se había convertido en un proceso puramente químico. Las sustancias necesarias se administraban en comprimidos debidamente dosificados y apropiados a la especial naturaleza de cada uno. Era curioso observar, cómo este sistema de alimentación, por otra parte tan racional, operaba de una manera deprimente en la sicología humana. Salvar este escollo, había sido motivo de grandes y graves preocupaciones y estudios que culminaron consiguiendo el cultivo de especies vegetales comestibles dentro de los propios satélites puestos en órbita. Se llevaba a cabo mediante un sistema de

bandejas de plástico rellenas de los jugos químicos necesarios para el desarrollo de las plantas, tratadas a la vez, por un sistema adecuado de rayos infrarrojos. En poco espacio y por el sistema de explotación en batería, se cultivaban grandes cantidades de vegetales, que, por un curioso procedimiento radiactivo, crecían y se desarrollaban en pocas horas.

En la superficie, sólo habían podido mantenerse las explotaciones mineras y la industria pesada necesaria para la construcción y lanzamiento de los satélites y en ellas debía mantenerse constantemente un clima artificial.

Wranel continuó examinando cuidadosamente la corteza de la Tierra. Este montón informe de abandonadas ruinas había sido Nueva York, la ciudad que muchos siglos antes fue emporio de riquezas... Lejos, más al sur, pero sólo a muy pocos grados del arco de recorrido del televisor, veíanse piedras ya caducas y requemadas de la fantástica ciudad de Andilandia, que hacia el año 2700 fue capital de la Unión Americana. Unos grados al Este se levantaba, con alguna señal de vida, aún, la capital de Eurasia, Sajo-Romania, con sus enormes construcciones de acero-cristal, las calles recubiertas y sus inmensos pisos inferiores, por medio de los cuales se había podido mantener hasta última hora una existencia artificial; todo ello rodeado de un paisaje agobiante y descorazonador; piedras estériles, tierras roídas por todas las erosiones, desolación y muerte.

Wranel dejó caer la cabeza sobre su pecho. En los tiempos más remotos de la Historia hubo hombres que hablaron del fin del Mundo y se les tachó de visionarios, y, he aquí, que el fin del Mundo había llegado. La Tierra moría, quizás no entre cataclismos y erupciones como aquellos habían soñado, pero sí por un proceso de lógica desintegración.

Y con la Tierra moría la humanidad... era sólo una cuestión de tiempo. Los varios miles de satélites que se habían puesto en órbita no eran más que un compás de espera. Sin una fuerte industria de base no se podría mantener indefinidamente este sistema astronómico artificial, pobre esperanza de los hombres, que veían fenecer el astro que había sido su hogar.

Y no obstante... debía de haber una solución...

Cerró los contactos electrónicos de la televisión y permaneció inmóvil.

Dios no había podido crear algo tan maravilloso como el hombre para dejar que su especie desapareciera en la profundidad de la nada, pero... ¿Dónde estaba, Dios mío, esta solución?

—Wranel, ¿es usted?

Dio un salto en el sillón de mando del aparato y volvióse sorprendido.

—Sí, soy yo.

— ¿Qué hace usted aquí, horas y horas, solo?

Wranel miró a su interlocutor. Era el Doctor Rallan, hombre fuerte y de extraordinaria presencia. Tenía el cabello completamente blanco, un rostro de líneas perfectas del que se desprendía un hálito de profunda bondad y unos ojos llenos de vivacidad en los que centelleaba una eterna juventud, que contrastaba con el aspecto venerable del Doctor.

Ingeniero astronáutico, era uno de los hombres demás prestigio en el mundo científico de los últimos años. Le había sido encomendado el mando técnico del «B. X. 66».

Wranel puso en él sus ojos soñadores —Doctor... He estado contemplando la Tierra... —Es un triste espectáculo ciertamente, pero sólo con la contemplación de las adversidades no se halla una solución, Wranel, ni el «B. X. 66», ni lo que queda de la pobre humanidad desterrada, necesitan quien los contemple con lástima. Es necesario hacer algo. Para eso estamos aquí.

De nada sirve sólo pensar, es necesario, además, obrar.

—Esto es el fin, Ralkin, nada podemos hacer. Con la Tierra muere también la posibilidad de supervivencia de los hombres.

—No me gustan los que no tienen esperanza; pronto se convierten en derrotados. Mire, Wranel—continuó el Doctor con su aire de bondad y lleno de inspiración—nada sucede porque sí; todo tiene una razón de ser. Cuando allá por el año 1959 se lanzaron los primeros cohetes a la Luna nadie comprendía verdaderamente la razón de ello, parecía una loca carrera hacia lo desconocido sin un designio concreto y eficaz, Y no dude que lo tenía. Aquellas experiencias son las que nos han llevado a nuestra facilidad de viajar entre los astros, venciendo el tiempo y la distancia. El poder trasladarse por el sistema sideral es, también, la posibilidad de abandonar la Tierra cuando no sirve ya para asiento del hombre. Nadie pensaba entonces que llegaría el momento en que deberíamos huir de ella y sin embargo, ese momento ha llegado.

Wranel le miró asombrado.

—Pero ¿usted cree verdaderamente en la posibilidad de hallar otro astro con las mismas condiciones climatológicas de la Tierra?

— ¿Por qué no? Y creo más. Creo en la posibilidad de trasladarle el resto de la humanidad superviviente.

Las palabras del Dr. Ralkin fueron como un mensaje vivificador

para el corazón de Wranel. ¡Debía de haber una esperanza cuando Ralkin hablaba así!

—No lo dude, querido. Dios no puede abandonar su obra predilecta. Pero además de confiar en Dios, puede también confiar, aunque no sea más que un poco, en la Ciencia y en los hombres que dirigen el movimiento de evasión.

Ralkin cogió a Wranel por el brazo y lo llevó consigo.

—Venga. Como Vd. ha de tomar parte activa en todo ello voy a enseñarle algunos de mis informes.

Pasó su mano por delante de una célula fotoeléctrica y abrióse silenciosamente la puerta de su despacho.

Era una amplia habitación iluminada con luz cenital cuya procedencia no se adivinaba. Sobre una mesa lateral se hallaba el pequeño aparato proyector de microfilms, cuya pantalla inclinada y con luz negra, permitía leer con la misma comodidad que se lee un libro en un atril. Otra mesa contenía los aparatos de comunicación interna y externa con su gran instalación de T. V. y en el centro una gran mesa de trabajo. Todo el testero del fondo lo ocupaba un mapa sideral conseguido a escala matemática de la Vía Láctea, precisando de manera concreta, todos los astros que se hallaban a una distancia menor de quince años luz, círculo máximo dentro del que existían posibilidades de alcanzar cualquier objetivo.

Ralkin tomó un puntero y fue señalando a su oyente los lugares que citaba, en su explicación.

—Nuestro satélite artificial está colocado en órbita del Sol entre Júpiter y Saturno. Por experiencias y viajes realizados desde nuestra propia base, sabemos que ninguno de estos astros reúne las condiciones necesarias para la existencia. En cambio, nos son bastante desconocidas las circunstancias de Urano y Neptuno, sobre todo las de este último, porque nuestras astronaves han tropezado con una barrera inexplicable que les impide franquear el paso de la zona de su influencia; ni hemos podido, tampoco, obtener fotografías ni visión del mismo, porque al intentarlo se establece una especie de refracción de los rayos ópticos que imposibilita todo intento. En Vista de ello el Comité Universal Astrológico decidió colocar los últimos satélites más allá de Neptuno, para intentar una exploración fuera del sistema solar.

— ¿Y se ha conseguido?

—En la actualidad llevan ya varios meses situados dieciocho de los veinte que fueron lanzados. Los dos últimos se desintegraron, precisamente al atravesar la órbita de Neptuno, que debían traspasar ciento setenta horas antes del paso del planeta y por lo

tanto muy cerca de su masa. Pero lo más curioso del caso es que los observadores pudieron darse cuenta de que, antes de su desintegración, cedieron en su velocidad y fueron atraídos por uno de los dos satélites del planeta, cerca del cual parece que hicieron explosión.

— ¿Creen que puede tratarse de una ofensiva dirigida?

—Esto cree el Alto Estado Mayor, sobre todo, porque se da ahora el fenómeno de que han quedado cortadas las comunicaciones con los satélites colocados más allá de Neptuno. Esto tiene todas las características de un cerco, que será necesario romper a toda costa.

Wranel contemplaba a Ralkin con los ojos brillantes. Sólo anunciar una acción, una aventura, era espolear su alma fogosa y atrevida.

—Magnífica ocasión para desentumecer los músculos, Doctor.

Ralkin sonrióse. Conocía profundamente a su subordinado.

—Bien, coronel Wranel—dijo con voz que quería ser autoritaria —, prepare su escuadrilla de combate. Esta misión le ha sido confiada a Vd.

Wranel se hubiera puesto a bailar de alegría. Necesitaba hacer algo, obrar. Esto devolvería la calma a su espíritu.

Cuadróse militarmente, y dijo:

—A la orden, mi general. Salió como una exhalación del despacho y dirigióse a los hangares y pistas de despegue.

Desde la oficina de control conectó la comunicación y en todos los rincones del satélite sonó la voz metálica del coronel:

«Atención, atención. Todos los hombres de la escuadrilla «Aligátor» que comparezcan inmediatamente en la pista.»

No había transcurrido media hora cuando se hallaba delante de los cien tripulantes que componían el servicio de la escuadrilla, alineados en correcta formación.

Eran cien hombres especialmente adiestrados y extrañamente equipados. Llevaban un vestido flexible en extremo, construidos de dos capas superpuestas de «duriun», compuesto metálico capaz de soportar las más extraordinarias presiones. La escafandra era de acero plástico, materia que aun en láminas finísimas, tenía una dureza ilimitada. En la muñeca de la mano derecha llevaban un aparato transmisor algo mayor que un reloj de pulsera y en el que había la esfera del cronógrafo. De su cintura colgaba un artefacto parecido a un revólver y que disparaba a muy larga distancia rayos electrónicos, desintegrantes de cualquier objeto que hallasen a su paso. En la espalda sostenían el aparato productor de aire

acondicionado que suministraba calefacción y oxígeno en forma adecuada.

Wranel pasó cuidadosamente revista a todos sus hombres.

—Nos hallamos ante una misión delicada y peligrosa que el mando ha querido confiarnos. Espero de Vds. la eficiencia de siempre.

Ni una palabra; ni un comentario.

—Preparados para despegar, sintonicen en camino sus aparatos receptores, recibirán órdenes.

En grupos de diez, que era la dotación de cada aparato, se dirigieron rápidamente a sus astronaves.

Wranel contemplaba siempre con admiración y profundo orgullo la precisión de sus movimientos, el aire decidido y la ausencia de toda vacilación, características de su escuadrilla. Mantúvose, hasta que todos llegaron a su destino, en el centro del pasillo de lanzamiento, tensa y alerta su elevada y esbelta figura.

El propio Wranel era un hombre notable. Medía casi dos metros de estatura y su figura proporcionada y perfecta, daba una sensación de fuerza impresionante. En su rostro dominaban las líneas rectas, parecía tallado en granito; sólo sus hermosos y profundos ojos traicionaban ese aspecto de dureza.

Era, sin duda alguna, un hombre de acción, pero lleno a la vez de gran dulzura y de una comprensión inmensa. Moriría de pie, sin vacilar un momento, para llevar a cabo el cumplimiento de su deber, así como amaría tiernamente cuando estuviese en juego su corazón.

Antes de hacerse cargo de sus astronave, dirigióse a la cabina de control y abrió la comunicación.

—Doctor Ralkin—dijo—: todo en orden.

—Bien, Wranel, salgan inmediatamente y diríjanse al «B. X. 38»; el Mando les espera.

—A la orden, general.

—Buena suerte.

Rápidamente se dirigió a su aparato donde le aguardaban ya sus compañeros. Situóse en el, lugar de mando y dio la orden de salida.

Las astronaves eran propulsadas por un potentísimo motor atómico, dentro del que se producía una desintegración en cadena dirigida aprovechando directamente la energía nuclear y sin necesidad por lo tanto, del ciclo calor, fuerza. Con ellos podían conseguirse hasta seis o siete veces la velocidad de la luz. La forma del cohete era cortada al final con un ala en delta por si tenía que

operar en zonas de cierta densidad gaseosa.

Tendiéronse los tripulantes en los colchones de despegue, lo que era necesario para adquirir sin consecuencias para el organismo, la velocidad inicial, y, uno a uno, fueron lanzados al espacio los diez aparatos, que a los pocos segundos adquirieron su fantástica velocidad de crucero.

Una brillante y pequeña procesión de raudas agujas cruzaba la noche eterna en dirección al satélite «B. X. 33», en el que estaba reunido el Mando.

Pocas horas después se hallaba Wranel sentado en la mesa de conferencias que presidía el general Lawnckel.

—Le supongo enterado, en principio, del objeto de su presencia aquí—dijo Lawnckel—. Es necesario iniciar una exploración más allá del sistema solar, donde por análisis espectroscópicos, hemos llegado a la conclusión que hallaríamos algún astro en condiciones de habitabilidad. Al iniciarse la operación, lanzando satélites más allá de la órbita de Neptuno, hemos sido interrumpidos por una fuerza misteriosa. Ignoramos de qué se trata, Vd. debe averiguarlo, Wranel. El futuro de la humanidad depende de ello.

—Mi general, haré cuanto pueda. ¿Puedo examinar los detalles técnicos de la desaparición de los dos satélites?

— ¡Naturalmente! Debe Vd. hacerlo. El archivo foto-técnico le dará detalles y la oficina de control matemático le pondrá de manifiesto las deducciones y los antecedentes. Tiene Vd. una completa libertad de iniciativa y de acción. Resuelva Vd. el problema y la humanidad le deberá, posiblemente, su salvación.

Wranel salió del salón abrumado por el peso de su responsabilidad. Era mucho lo que se esperaba de él, que sólo sabía que era necesario luchar contra lo desconocido.

¿Qué misteriosa fuerza podía cortar el paso en una línea determinada del espacio?

No podía ser algo que ocurriese al azar; debía ser una maniobra inteligente y dirigida con algún fin.

Entró, abstraído aún, en el laboratorio foto-técnico, se dio a conocer y pidió al encardado: —Deme las fotografías de la desaparición de satélites en órbita de Neptuno.

Fue puesta a su disposición una colección de fotografías que procuró estudiar cuidadosamente; se hallaba absorto en la contemplación de las que habían captado los últimos momentos de los satélites, cuando oyó a su espalda una armoniosa voz.

—Observe Vd. que en ninguna de ellas se ve claramente el momento de la explosión.

Wranel volvióse sorprendido.

Era una muchacha quien hacía la observación y además la más hermosa que había visto en su vida.

Posó en ella sus ojos y quedóse absorto y mudo de admiración, hasta que ella sintióse un poco violenta.

—Perdone que haya estorbado su estudio...

— ¡Oh! ¡No! Señorita, perdóneme Vd. a mí; me ha sorprendido su presencia, pero en honor a la verdad debo asegurarle que ha sido una sorpresa agradabilísima. ¿Pero... quién es Vd. y qué demonios hace aquí?

Ella sonrió halagada.

—Me llamo Lunelia y estoy al cuidado de los archivos fotográficos—respondió.

Wranel la miró con aquellos ojos que sabían ser tan expresivos.

—Si me lo asegurase Vd. creería que se trataba de la reina de una estrella que habíamos hecho prisionera.

—Coronel—dijo ella adoptando un gracioso gesto de seriedad—, no me parece esto apropiado cuando tiene algo tan importante en qué pensar.

Nada será nunca tan importante como el bien y la belleza—dijo Wranel con expresión soñadora—pero tiene razón, volvamos a la realidad. ¿Cómo es que conoce Vd. tan bien estas fotografías?

Una sombra de profundo dolor cruzó los hermosos ojos de Lunelia.

Mi padre estaba al mando del último satélite lanzado.

—Lo lamento, Lunelia, no lo sabía.

Ella, entonces, y como inspirada, como si supiera que era cierto cuanto decía, exclamo.

—Coronel, el satélite no ha hecho explosión, observe las fotografías, no puede ser, mi padre no ha muerto... yo sé que no ha muerto. Vd. lo hallará, coronel Wranel, nunca me ha engañado el corazón...

Wranel puso su cálida mano sobre la fría y temblorosa de la muchacha.

—El corazón nos engaña muchas veces, Lunelia, pero llevaré su fe a través del espacio.

—Yo quiero hacer algo, coronel—termino Lunelia decidida.

—Nada puede hacer, más que esperar y tener fe; yo la tendré también porque Vd. la tiene.

Y apretó cariñosamente entre las suyas, la pequeña mano de la muchacha.

CAPITULO II

Antes de llegar al plano de la órbita de Neptuno, Wranel estudió sus posibilidades.

Era un hecho demostrado que lanzarse ciegamente contra aquella línea sería tan ineficaz como inútil es para el moscardón lanzarse contra un cristal.

Sería mucho más prudente observar antes el astro y sus dos satélites desde un punto relativamente lejano. Siguió, por lo tanto, la órbita del planeta a una velocidad menor que la suya y en un radio del sol mucho más pequeño. Llegaría, el planeta, así, a alcanzarle en su giro y podría observar cuidadosamente todos los detalles.

Cuando aquél apareció, el espectáculo era verdaderamente emocionante. Desde casi la fecha de su descubrimiento por Laverrier en 1846, se creía que era de formación gaseosa, no solidificado aún y esto parecía también ahora. Descubríase un mar inmenso de nubes y vapores en continuo movimiento, como si se tratase de un cielo tempestuoso en el que lucían los más variados y sorprendentes colores. No dejó de notar, no obstante, que los tonos más vivos aparecían en su corteza externa, adquiriendo, en cambio, un color más oscuro las simas que aparecían en el movimiento constante de los gases; dedujo de ello que no tenía luz propia, no se hallaba por tanto en estado de ignición.

Unos suaves golpes en el hombro le hicieron levantar los ojos de los lentes telescópicos.

—Mi coronel, algo anormal ocurre en la cámara de proa. Las señales de alerta se han encendido.

Dirigióse Wranel a un aparatito que tenía en su cabina de mando y una pantalla quedó iluminada. Movió la clavija correspondiente y reflejóse en ella el interior de la cámara en la que había surgido la alarma, y que servía de almacén.

Lo que pudo ver dejóle estupefacto.

— ¡Esto es inaudito!

Por debajo de los anaqueles en los que se guardaban los

productos químicos necesarios para la alimentación en vuelo, aparecía la bella figura de Lunelia caída en el suelo y sin sentido.

Llevaban varios días de vuelo y seguramente, había permanecido escondida hasta que el enrarecimiento del aire en lugar cuya atmósfera no se controlaba constantemente, le hizo perder el conocimiento.

Levantóse rápidamente, se dirigió a la habitación y abriendo la puerta de cierre hermético, recogió el cuerpo desvanecido de la chica.

Ante el estupor de la tripulación, la llevó hasta la cámara y la tendió en un sofá.

—Runy—llamó secamente—. Atiende a esta mujer.

El médico acercóse, tomó su pulso y rápidamente aplicó una inyección en el brazo de Lunelia.

—No es nada—dijo—; un pequeño desvanecimiento. Dentro de unos momentos recobrará la normalidad.

Y efectivamente, al poco rato Lunelia abrió lentamente los ojos, que posó aturdida, sobre el grupo de hombres que la miraban asombrados.

Wranel con tono seco y cortante dijo:

—Por pertenecer a los servicios del Alto Mando, no ignora Vd. la gravedad de la falta que ha cometido.

—Coronel, yo...

—No necesito ni quiero ninguna explicación. Usted ha hecho lo que no debía hacer y esto es bastante. La ración de los hombres y el peso de la tripulación está matemáticamente calculado y usted representa una extraordinaria dificultad. No puedo deshacerme de Vd. Créame que lo siento. Al regreso, si es que regresamos, comparecerá ante los jefes. Entretanto procure no estorbar y procure también que yo la vea lo menos posible.

Dio media vuelta y se encerró en su pequeña cámara.

Lunelia bajó la cabeza y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Esperaba una grave reprimenda, pero nunca creyó que el coronel Wranel pudiera ser tan tremendamente duro.

Levantó los ojos arrasados por las lágrimas y se halló ante la bondadosa figura de Runy, el médico.

—Ya sé que he hecho mal, pero no podía estar sin hacer nada. Sé que mi padre vive todavía. Debo hacer algo por hallarle...

Runy la miró cariñosamente.

—Wranel me habló de Vd., de sus observaciones y de la creencia ciega que tiene de que su padre no ha muerto, pero no debía haber hecho esto.

— ¡Quiero ir donde mi padre puede haber desaparecido! No quiero que me den nada, yo tengo algunos alimentos guardados. No estorbaré, ayudaré en lo que pueda; dígaselo, por favor, al coronel.

Runy sonrió.

Usted no conoce bien a Wranel; mas no se preocupe, procuraremos hacer algo. ¡Cálmese! ¿Tiene Vd. equipo?

—Sí, lo he dejado en aquel endemoniado cuarto.

—Bien, téngalo a punto y conviértase en un tripulante más; todos le ayudaremos. Estamos metidos en un asunto grave.

—Ya lo sé y no me importa. ¿Cree que el coronel me tolerará?

—No tiene más remedio, no puede lanzarla al espacio, pero procure portarse como un verdadero tripulante. Aquí no pueden valer otras cosas.

Dióle unos cariñosos golpes en el hombro y se dirigió al despacho de Wranel. Sentóse en una butaca. El coronel no despegaba sus ojos del micro-telescopio.

—No esperabas esta visita, ¿verdad Wranel?

— ¡Es intolerable!

—Hombre... tanto como intolerable... no parece muchacha que nos dé dolores de cabeza, es decidida y valiente.

— ¡Es insensata!

—Y guapa... y muy preocupada por tus enojos.

Wranel levantó los ojos de su observatorio y miró desconcertado a Runy.

—Creo que no es éste el momento más apropiado para bromas.

—No, desde luego, aunque tampoco me parece el más apropiado para hacerse el inflexible. Cabalgamos sobre la muerte, Wranel, y a mí, por lo menos, me gustaría más morir rodeado de sonrisas.

—Eres un sentimental, Runy—terminó Wranel.

La conversación fue cortada por la voz metálica de un trasmisor.

— ¡Atención! ¡Atención! «Aligátor 10» al habla. Atienda, coronel Wranel. Estoy notando una reducción de velocidad. Cambio.

—Wranel al habla para «Aligátor 10». Conteste si puede ser avería de los motores.

—Han sido repasados cuidadosamente. Están perfectamente. Noto como si una fuerza extraña frenara mi aparato.

Las luces de control en otra onda, pues cada aparato emitía a diferente longitud, apagábanse y encendíanse rápidamente.

Wranel dio el contacto.

— ¡Atención! Coronel, aquí «Aligátor 9». Perdemos velocidad

rápidamente. Algo atrae mi aparato—dijo una voz dominada por el nerviosismo.

Wranel maniobró el control de emisión.

— ¡Atención todos! ¡Atención todos! Nos hallamos en plena zona de peligro. ¡No pierdan los nervios! Intenten maniobrar y sostenerse en cualquier circunstancia. Indiquen constantemente su posición. Señalen cualquier observación.

A una orden de Wranel cuatro hombres se situaron en los mandos de los receptores atendiendo las noticias del resto de la escuadrilla.

La ansiedad se pintaba en los rostros, pues las noticias eran a cada momento más alarmantes. Todos los aparatos eran desviados de su ruta, atraídos por una fuerza inexplicable.

De pronto un ruido ensordecedor, como si un cuerpo extraño rozara el aparato, dejóse sentir dentro de la astronave de Wranel y empezó, igualmente, a perder velocidad.

—Coronel—dijo uno de los que atendían a las emisoras—fíjese en esta observación.

— ¡Atención! «Aligátor 5» para el coronel Wranel. Observamos que el foco de atracción a que nos hallamos sometidos se centra en uno de los satélites de Neptuno. Comprueben.

Wranel estudió sus aparatos de observación. Ciertamente el foco de atracción se desviaba sensiblemente del propio astro, situándose a la línea de uno de sus satélites.

Sentóse de nuevo ante el micro-telescopio y comenzó una minuciosa exploración del pequeño cuerpo sideral que daba vueltas alrededor de Neptuno.

Estaba aún demasiado lejos para que la visión pudiese ser perfecta, pero... ¡de pronto paralizósele la sangre por la emoción!

Frotóse los ojos desesperadamente. ¡Santo Dios! ¡No podía ser cierto! Acababa de ver claramente sobre la superficie del satélite varios gigantescos tubos metálicos, como monstruosos cañones que apuntasen al cielo y dirigidos precisamente al área sideral que ocupaba su escuadrilla.

¡Era una amenaza inmediata! ¡Debían salir en seguida del radio de acción de aquella arma desconocida!

— ¡Atención todos! ¡Atención todos! Procuren por cualquier medio salir del área en que volamos. Viren en un ángulo de 90° y fuercen cuanto puedan los motores.

Desde su observatorio vio Wranel como intentaban cumplir sus órdenes. El suyo procuraba también salir del círculo peligroso.

Era una lucha desesperada; algo desconocido había hecho

presa en las astronaves, que se debatían furiosas como libélulas que intentan escapar de la tela de araña.

Wranel, con la ansiedad pintada en el rostro, daba órdenes a sus pilotos.

— ¡Fuercen los motores! ¡Más! ¡Más!

Dos de sus Aligátor dieron un salto definitivo y emprendieron una veloz huida recobrando su velocidad.

Un fogonazo espantoso le advirtió que otro aparato había explotado... Después otro... y ¡otro más!

— ¡Atención! ¡Atención!—gritaba junto al micrófono con la cara llena de sudor—intenten adquirir una posición vertical con respecto al satélite.

Dos de los aparatos que quedaban pudieron recuperar su velocidad al iniciar la maniobra, le habían salvado.

El suyo, junto con dos más, continuaba luchando inútilmente contra la potente fuerza que les mantenía como aprisionados. Una y otra vez forzaron los motores sin lograr desprenderse de la invisible garra que los atraía hacia sí.

¡Nada podía hacer! Lentamente fueron perdiendo velocidad hasta que llegó un momento en que se dieron perfecta cuenta de que eran atraídos fatalmente hacia los gigantescos tubos metálicos.

— ¡Atención los aparatos libres! —gritó de nuevo Wranel— regresen a la base de mando e informen de lo que han visto. No intenten ahora nada. Cada uno debe correr su propia suerte y... ¡Adiós amigos, han sido unos magníficos colaboradores!—terminó con un destello de emoción en su voz.

Se dirigió entonces a los hombres de su tripulación que, pálidos por el terror, pero firmes en sus puestos, esperaban en silencio sus decisiones.

Con una serenidad admirable comenzó a hablar como si se tratara de discutir un problema sencillo.

—Amigos, estamos en una situación difícil. No puedo darles una explicación de lo que está ocurriendo porque yo mismo lo ignoro. Estamos siendo atraídos por una extraña arma que no sabemos quién maneja ni cuáles son sus intenciones. Dada la distancia a que nos hallamos del foco de atracción, tardaremos unas tres horas en llegar al punto donde se nos arrastra. Una vez allí no sé qué puede pasar. Quisiera que meditaran que la muerte no es lo peor que puede ocurrir a un hombre. Su sacrificio, por otra parte, no es estéril. Será la piedra sobre la que se asiente el puente que la humanidad tienda hacia su nuevo destino.

Sus sencillas palabras fueron un fuerte reconfortante para la

tripulación.

—Procuren aprovechar el tiempo que nos queda adquiriendo todos los datos posibles para intentar transmitirlos al mando.

Poco a poco fue ocupando cada tripulante su puesto de trabajo. Wranel intentó comunicar con los otros dos aparatos. No pudo conseguirlo, la comunicación era extrañamente interferida.

Dejó los aparatos de transmisión y quiso volver al micro-telescopio. Al dirigirse a su cabina hallóse ante Lunelia, que, intensamente pálida y rígidos los brazos, le dijo:

—Coronel Wranel... quisiera servir para algo.

Él la miró, y algo muy fuerte y muy profundo removióse en su corazón.

— ¿Tiene miedo, Lunelia?

—Sí, mi coronel, pero puedo hacer lo que me mande.

El rostro de Wranel se dulcificó. Comprendió el enorme esfuerzo de la muchacha que tan valientemente sabía reaccionar ante la muerte casi segura que los aguardaba.

—Venga conmigo—dijo—y la cogió de la mano como a una niña. Siéntese aquí y procure calmarse. No puedo tranquilizarla porque no sé lo que nos reserva el destino, pero puedo decirle, en cambio, que ocurra lo que ocurra, siempre guardará mi espíritu el recuerdo de la muchacha más valiente del mundo. Y el espíritu no muere nunca.

Ella fijó sus ojos en Wranel y una luz maravillosa amaneció en ellos.

—Gracias, mi coronel—susurró volviendo poco a poco el color a su cara—. Es triste tener que morir...

—La muerte, Lunelia, ha de venir algún día pero sólo Dios sabe si este día ha llegado ya.

—Pero... ¿Es que tiene Vd. alguna esperanza?

—La única esperanza de los desesperados es no esperar nada. Ocurrirá lo que deba ocurrir, Pero quiero que piense que el fin, no lo es verdaderamente, hasta que llegamos a él, y, nosotros no hemos llegado aún.

Lunelia cerró los ojos dejando que la fantasía corriera por caminos azules de esperanza.

Wranel apoyóse contra el micro-telescopio y siguió observando. Ahora podía distinguir perfectamente la forma de los aparatos que los atenazaban.

Se trataba de unas fantásticas antenas metálicas revestidas de brillantes placas y terminadas en unas puntas movibles. Era indudablemente, un aparato proyector de rayos.

Examinó la estructura inferior y vio una distribución regular de bloques geométricos que no podían ser otra cosa que viviendas o instalaciones. Amplias vías cruzaban la superficie del satélite. No pudo distinguir, no obstante, movimiento alguno.

Al acercarse más y más a las torres metálicas, notó que la velocidad de la astronave iba disminuyendo paulatinamente, como si fuera regulada a voluntad de alguien que intentaba evitar el choque.

La crisis había llegado. Se encontraban los tres aparatos a pocos kilómetros de la instalación. De pronto su asombro hubo de crecer de punto al darse cuenta que habían quedado completamente inmóviles y suspendidos en el aire.

¡Era incomprensible!

Luego, poco a poco, las naves fueron llevadas como suspendidas por invisibles cuerdas, hacia una inmensa explanada rodeada de unas raras construcciones que tenían el aire de un fortín.

Sin comprender cómo, fueron colocadas ordenadamente, una al lado de otra y sin que sufrieran el más pequeño deterioro.

Wranel fue dirigiendo el objetivo de su televisor hacia las paredes del campo cercado en que se hallaban prisioneros.

Todo aquello era, indudablemente, obra de seres inteligentes y sumamente preparados. Pero... ¿Quiénes eran sus aprehensores?

Lanzó la sonda atmosférica e hizo analizar los gases que se obtuvieron.

¡La vida del hombre de la Tierra no era allí posible!

La presión era muy escasa. Había en aquella atmósfera vapor de agua, muy escasa cantidad de oxígeno, no se hallaba vestigio de nitrógeno y contenía, en cambio, una extraordinaria cantidad de ácido carbónico.

¿Qué clase de seres inteligentes podrían vivir en aquel medio?

Por más que examinó todos los puntos, no pudo hallar el más pequeño signo de movimiento. Era como si se hallaran en un geométrico desierto de metal y cemento.

CAPITULO III

Las horas fueron cayendo sobre las tres astronaves, sin que nada cambiara su situación. Sus tripulantes, rodeados de un aterrador silencio, habían llegado al punto máximo de la resistencia de sus nervios.

Elevaron las antenas de recepción sin lograr captar el menor signo de vida ni conseguir de ninguna manera establecer comunicación entre ellos. Sólo un persistente y monótono ruido, como el de un lejano motor en marcha, hacía vibrar los altavoces.

—Se trata de una interferencia regulada —dijo el radiotelegrafista.

Nadie contestó. Sabían todos que habían sido, contra su voluntad, colocados ordenadamente en un lugar de observación,

¿Por quién?

¿Para qué?

Este era el terrible problema que por momentos hacía la situación insostenible.

Todos hubieran deseado que ocurriese algo..., lo peor, si había de ocurrir, cualquier cosa sería mejor que aquel enervante silencio, que aquella trágica quietud.

El tiempo había dejado de tener valor. Se sabían prisioneros de una fuerza desconocida que podía decidir libremente de su fin.

—No podemos permanecer así por más tiempo—dijo Wranel al fin—intentaré salir del aparato y llegar hasta los «otros».

—Pero... esto es un suicidio—arguyó Runy.

—Por los datos recogidos—replicó el coronel— las escafandras pueden perfectamente resistir el ambiente y la temperatura exterior. Y el salir fuera no es más peligroso que permanecer dentro. ¡Preparen la cámara hermética!

—Mi coronel—dijo uno de los hombres de la tripulación—permítame que sea yo quien salga primero, su vida es preciosa para todos.

Wranel le puso amigablemente la mano encima del hombro.

—Gracias Kelwy, pero el primero en el mando debe ser el

primero en el peligro. Saldré yo.

—Entonces me permitirá, por lo menos, acompañarle.

Meditó un momento.

—Bien, sea. Siempre es buena la compañía de un valiente—y cordialmente estrechó la mano de su subordinado.

Vistieron ambos rápidamente las escafandras, comprobaron sus armas atómicas y se dispusieron a entrar en la cámara hermética, necesaria para salir del clima y presión artificial de la astronave a una atmósfera distinta.

Runy se acercó a Wranel y le cogió la mano.

—Suerte amigos—dijo—y no quiero darte consejos, pero sí hacerte observar que «ellos» no han empleado contra nosotros ninguna violencia destructora. Sean quienes sean los autores de la captura, no parece que, por lo menos de momento, deseen nuestra muerte.

—A la misma conclusión he llegado yo, Runy. No emplearé ninguna violencia tampoco, siempre que me sea posible.

Estrechó calurosamente la mano del médico y fue a cruzar la puerta de la cámara.

Una voz dulce y entrecortada por la emoción y una mano pequeñita, que se deslizó entre la suya, le retuvo, aún, un momento.

—Coronel Wranel. ¡Que Dios le acompañe!

Apretó aquella cariñosa mano, la soltó con emoción y cerró la puerta metálica tras de sí, abriendo camino hacia el más profundo enigma que jamás se había planteado a ningún hombre.

Realizada la maniobra puso pie en la escalerilla que automáticamente fue deslizándose hasta tierra.

Notó una sensación de ingravidez extraordinaria que le hacía pensar que andaba en un mundo de algodón en rama; sensación que se debía a la poca fuerza de gravitación del satélite, que era de muy escaso volumen.

Al hallarse a pie firme, comprobó que el suelo estaba formado por una especie de asfalto con destellos metálicos, al parecer de una gran dureza; así debía ser a la fuerza para poder sostener el enorme peso de las tres astronaves, sin resquebrajaduras.

Le separaba de cada uno de sus aparatos unos quinientos metros, distancia aproximada que también le separaba de las paredes del cuadrilátero.

Los dos hombres avanzaron poco a poco por aquel mundo desconocido y silencioso, llenos sus corazones de la más profunda emoción. Nada turbaba la quietud enloquecedora, ni el menor movimiento hacía presumir un vestigio de vida; parecían

sumergidos en un mundo muerto y frío en el que nada hubiese existido durante siglos y siglos. Las construcciones que rodeaban el campo, como murallas ciclópeas, rectas y regulares, acababan de crear un ambiente hostil y angustioso.

Wranel oía perfectamente los golpes de su corazón. Dentro de su escafandra y rodeado de aquel extraño mundo, se sintió un momento, más solo que nunca, cósmicamente solo, y hubo de acercarse a su compañero para sentir su contacto. Para que algo humano estuviese junto a él.

De pronto..., ambos pudieron captar un extraño chirrido, cuyo origen no les fue difícil averiguar.

En la pared frontal habíanse abierto dos orificios de los que empezaron a salir unos brillantes tubos articulados, en cuyo extremo veíase una pieza más ancha, con dos pequeños redondeles brillantes de una fosforescencia rojiza.

Como si fueran dos serpientes de metal, alargáronse los tubos y se arrastraron en dirección a los dos hombres.

Wanel y Kelwey quedaron petrificados contemplando la extraña cosa que a ellos venía.

En pocos minutos los extremos de los tubos estuvieron junto a ellos y entonces, como si de verdad fueran serpientes vivas, se levantaron sobre sí mismos y empezaron un minucioso examen de los viajeros.

Aquellos siniestros redondeles rojizos semejaban los ojos de un fantástico animal, a cuyo examen no escapaba el más pequeño detalle. Los ojos mágicos se pararon largamente sobre las pistolas atómicas que Wranel y su compañero empuñaban desde el primer momento.

Ninguno de los dos se atrevía a moverse; con los nervios en tensión dejaron que aquel extraño aparato fuera «mirando» los más pequeños detalles de su vestido, de su escafandra y de su propio rostro, que contempló largamente.

Bajaron de nuevo al suelo y retrocedieron hacia la pared, para aparecer, en seguida, nuevos artefactos. Se trataba ahora de unos tubos a cuyo extremo se unía una mano artificial, parecida a la que se emplea en los experimentos y manejos de sustancias radiactivas, pero del tamaño aproximado de una mano humana.

Notaron que eran objeto de un verdadero análisis en todos los sentidos, que, como es lógico, eran motivo de rara curiosidad, pero que no se intentaba, no obstante, destruirlos.

Sus nervios, hasta ahora en terrible tensión, fueron calmándose, y, pensó Wranel, que había llegado el momento de establecer

contacto con la inteligencia que dirigía aquellas raras y asombrosas maniobras.

Era todo aquello, sin duda alguna, producto de una civilización avanzadísima, que habían desarrollado unos seres necesariamente muy distintos al hombre de la Tierra, ya que tan distinto era el medio en que vivían.

La respiración debía tener, como base esencial, el ácido carbónico y su constitución celular apropiada a la tensión reinante, era necesario que fuera muy distinta a la humana. Preguntábase igualmente Wranel, de qué rara manera se produciría la combustión con tan pequeña cantidad de oxígeno, combustión que juzgaba, era sin duda, empleada para el tratamiento de los metales que componían las fantásticas torres lanzarrayos.

Las dos extrañas manos se acercaron lentamente a ellos, se levantaron a la altura de sus pechos, como en raro ofrecimiento, dos filigranas construidas con una materia muy parecida al cristal y que tenían una singular semejanza con los copos de nieve, vistos al microscopio. Eran flores geométricas.

Wranel contempló admirado aquel extraño regalo y no dudó ni un momento que se trataba de un mensaje de paz.

Alargó la mano y tomó, delicadamente, el regalo, indicando a su compañero que hiciera lo propio; sabiendo que cada uno de sus movimientos era observado y cuidadosamente interpretado, quiso también demostrar su buena voluntad hacia aquellos desconocidos seres. Puso entonces la flor sobre su corazón, enfundó el arma que mantenía en la mano y abrió ambos brazos, como dando a entender que se hallaba indefenso y no quería resistir.

La mano cogió con sumo cuidado su brazo e intentó arrastrarle hacia la pared.

El corazón de Wranel latió violentamente. ¿Qué debía hacer? Dejarse llevar era ponerse indefenso en manos de lo desconocido. Resistir, era provocar una situación de violencia en la que todas las circunstancias estaban en contra. Pensó en los treinta hombres que tripulaban las astronaves y pensó mucho en Lunelia, a la que sabía ansiosa ante los instrumentos de observación de su aparato.

Era necesario seguir adelante. Sólo así cabía una tenue esperanza de salvación.

Opúsose un momento a la presión de la mano mecánica y volviéndose hacia una de las astronaves, desde la que con ansiedad sería observada su rara aventura, les hizo señales de calma... Que esperasen... Que permaneciesen quietos.

Volvióse luego e hizo un pequeño gesto, como dando a entender

que estaba dispuesto.

El y su compañero Kelwey fueron suavemente empujados por aquellas extraordinarias pinzas, que, aún contra su voluntad, provocaban en Wranel una extraña sensación de desasosiego. Como si una monstruosa bestia apocalíptica hubiese hecho presa en él. Era sentirse tratado fuera de lo humano, como pequeño animal de laboratorio que, cogido por un desconocido instrumento, se sabe ajeno a su propio destino.

Al llegar junto al muro abrióse en él, una abertura, que, ensanchándose paulatinamente llegó a formar una puerta de desproporcionada altura.

Wranel decididamente entró, seguido de su acompañante. Cruzaron un pasillo de paredes metálicas y desembocaron al fin en una enorme sala con aspecto de laboratorio.

Una luz rojiza, pero no desagradable, inundaba todo el recinto, dando un tinte especial a todas las cosas. Sorprendióle observar que aquella extraña luz tenía algo de natural, de lógico. Parecía que todo había sido hecho para ser visto, precisamente, en aquel tono, sin que el ambiente adquiriese el aire teatral que entre nosotros adquiriría con una iluminación semejante. No podía explicar el porqué, pero «sentía» que la única luz posible, allí, era precisamente aquella.

Wranel paseó su mirada alrededor, examinando cuidadosamente todos los detalles. Presentía que, pese a lo nuevo que el espectáculo le resultaba, había algo «humano» en todo.

Uno de los lados de la habitación estaba ocupado por un aparato similar a los cerebros electrónicos. Los indicadores, eran, no obstante, muy diferentes de los empleados en la Tierra.

Repartidos en la habitación había igualmente una serie de extraños instrumentos, cuya aplicación no podía explicarse.

Su examen duró largo rato. Por fin percibió en uno de los ángulos, el peculiar ruido que había notado al abrirse el muro de la extraña fortaleza.

El ruido fue percibido igualmente por su compañero, pues, ambos volviéronse a la vez hacia el lugar en que empezaba a abrirse una nueva puerta.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Wranel.

¡El velo iba a descorrerse! Se hallaba, de cierto, ante la inmediata solución del alucinante problema de su captura.

Y, en efecto, así fue.

Al abrirse definitivamente la puerta se hallaron frente al más extraordinario personaje que hubieran podido soñar.

¡Se trataba de un hombre! ¡De un verdadero hombre! Pero de descomunal estatura y potencia. Wranel calculó que debía pasar de los dos metros y medio de altura.

La cara, de una perfección de rasgos asombrosa, no se diferenciaba de la de los habitantes de la Tierra, más que en la carencia absoluta de cabello, bigote y barba y en un extraordinario desarrollo del depósito encefálico.

Tenía unos ojos profundos de mirada avasalladora y el conjunto de su semblante irradiaba una gran serenidad.

Con aire, que Wranel juzgó majestuoso, fue acercándose a ellos. Vestía una túnica corta de un material plástico, un pantalón ajustado de la misma materia y unas altas botas con gruesa suela que parecían ser de un cristal opaco.

Era una figura imponente y Wranel y Kelwey quedaron empequeñecidos en su presencia No obstante, irradiaba del gigante tanta dignidad, que, ni por un momento sintieron el más pequeño temor.

Al llegar junto a ellos llevóse la mano al corazón y abrió los brazos, como antes había hecho Wranel.

Este sonrió y una amplia y acogedora sonrisa apareció al mismo tiempo en el rostro de aquel fantástico ser.

Aquello representaba la seguridad de que existía entre ellos una comunidad de reacciones. La risa, la sonrisa, es, eminentemente humana, y, al comprobar que aquel extraordinario ser sabía sonreír, era la demostración de una real identidad de sentimientos. Podían ser trascendentales las diferencias de tipo biológico que los separaban, pero había, sin duda alguna, algo humano en su personalidad moral.

Silenciosamente y con todo cuidado fue examinando todos los detalles del equipo de Wranel, fijándose, especialmente, en la pequeña pistola atómica, que contempló largamente.

Después, quedóse mirando fijamente a los ojos de Wranel con una suerte de interrogante en los suyos. Wranel vio en aquella profunda mirada el deseo de establecer una comunicación intelectual.

¡Tuvo entonces una luminosa idea! Había visto en uno de los ángulos del laboratorio un encerado. Acercóse rápidamente a él y tomando un pedazo de una sustancia idéntica al clarión, inició el desarrollo gráfico de la función trigonométrica de una tangente.

Una intensa alegría reflejóse en la cara del gigante; corrió a su vez a la pizarra y concluyo la figura que Wranel había empezado.

Entre ambos se estableció al momento una comente de

comprensión. La universalidad de las leyes matemáticas unía aquellos dos seres tan lejanos.

Estableciendo un punto de contacto real, no sería difícil llegar a establecer una verdadera comunicación inteligible, para los dos. Sena solo una cuestión de paciente estudio buscar una analogía entre los conceptos absolutos de las matemáticas que ambos poseían y una representación gráfica de los mismos que ambos comprendiesen. Las ideas del más y del menos, de la existencia o la negación, el número, la cantidad y tantas otras, formaban parte del bagaje intelectual de las dos especies. Llegar a formar una analogía representativa de estas ideas que fuera comprendida por ambos, así como extender las nociones básicas hacia el sinfín de gradaciones que requiere la conversación no sería imposible, sino, sólo, labor profundamente paciente.

Notó entonces Wranel que el gigante hablaba, sin que el receptor diera la más pequeña muestra de captar el sonido.

Llamóle esto, poderosamente la atención; porque había percibido, en cambio, los producidos por las puertas al abrirse. Hizo voluntariamente varios ruidos con diversos objetos que el receptor captó perfectamente.

Intentó emitir las astronaves sin resultado alguno. Sus audífonos repetían constantemente el monótono ruido de la interferencia.

El gigante miraba sus maniobras con interés y con cara risueña. Al fin tocóle el hombro e hízole señales para que le siguiera. Le llevó a una mesa lateral en la que había una pantalla como de un metro cuadrado; dio vueltas a varios contactos y Wranel pudo contemplar las tres astronaves situadas en el campo. Bajó entonces un cristal muy parecido a los empleados por los Rayos X, redujo el cuadro de visión y con el mayor asombro contempló Wranel el interior de las naves. Los rayos que motivaban este fenómeno atravesaban a voluntad cualquier objeto, obteniendo una visión perfecta del lugar concreto donde se enfocaban. Alargando su alcance veíase a través de la masa completa de los aparatos. Se producía, por tanto, la visión del punto preciso donde dos haces de rayos coincidían. Cuyo punto de incidencia podía ser a voluntad del observador adelantado o retrasado.

El gigante enfocó con cuidado la cámara donde se hallaban reunidos los tripulantes de la astronave de Wranel. La ansiedad estaba dibujada en sus rostros y una ola de simpatía inundó su alma. En un ángulo, Lunelia desataba sus nervios mordiéndose un poco las uñas como una pequeña colegiala.

Era una sensación cálida y reconfortante que disipaba de pronto

la infinita soledad de un ser situado fuera de su mundo, a millones de kilómetros de su hogar no estaba solo y junto al suyo sintió latir el corazón de sus hombres y de su pequeña Lunelia.

Dirigió una mirada agradecida al gigante. Este con su serena sonrisa maniobró de nuevo los mandos de su aparato e, insinuante, señaló la pequeña estación transmisora receptora que llevaba Wranel en la muñeca.

Abrió éste el contacto y habló:

— ¡Atención, Aligátor! Aquí Wranel, estoy bien. ¿Me oyen ustedes?

Sus tímpanos se estremecieron al llegar la entusiástica contestación:

— ¡Wranel! ¡Wranel! ¿Dónde está usted?

Era la voz de Lunelia, que levantándose como una flecha de su rincón se lanzó materialmente sobre el micro.

Wranel, que contemplaba la escena, no pudo menos que sonreír.

—Estoy bien y entre amigos, Lunelia. No tema. ¡Atención todos! Que salgan los comandantes de las dos naves, el Dr. Runy y el especialista en claves, Froner. Vayan en seguida al lugar donde se ha abierto el muro para entrar.

Un pequeño revuelo se formó en el interior de las astronaves con los emocionados preparativos para salir.

A los pocos minutos las escalerillas automáticas descendían de las naves y los hombres que habían sido llamados tomaban tierra.

Wranel miró al gigante y éste hizo un gracioso signo de asentimiento. Pulsó los conmutadores y el muro abrióse de nuevo para dar paso a los asombrados navegantes que ponían pie por primera vez en un mundo nuevo, fantástico y desconocido, al que habían sido arrastrados contra su voluntad, sin saber, aún, qué les depararía la suerte.

Llegaron hasta donde estaba Wranel con la ansiedad pintada en sus rostros.

—Señores—dijo Wranel con voz serena que tuvo la virtud de calmar la gran tensión que dominaba a sus hombres—he aquí a los seres que nos han capturado. Por ahora se trata, por parte de ellos, solamente de una investigación. Es necesario a toda costa establecer un sistema de comunicación. Nuestros micros no captan sus palabras, lo que quiere decir que su voz provoca una vibración más rápida de lo que nosotros podemos percibir. Debemos por tanto establecer una clave escrita. Conocen la trigonometría igual que nosotros. Partiendo de ello se puede establecer una correlación

de guarismos y de aquí será fácil llegar a un alfabeto ideográfico. Es trabajo urgente, Froner.

—Lo conseguiremos, coronel—contestó rápidamente el aludido.

Dirigióse entonces Wranel al gigante y por medio de signos le hizo comprender lo que había explicado a sus hombres. Este recogió rápidamente la idea y dio muestras de verdadero contento.

Condujo a los seis hombres a través de la puerta por la que había entrado, a un salón, donde se hallaron con diez o doce seres de las colosales proporciones del primero que conocieron.

Ambos grupos contempláronse con el mayor asombro e interés en sus rostros.

Para Wrandel y sus hombres era una maravillosa experiencia hallarse delante de tan singulares seres. Pero posiblemente era mayor aún la extrañeza de los otros. Aquellos podían explicar la situación. Estos no sabían más que unos extraños seres conduciendo raros aparatos habían aparecido en su cielo. Ignoraban de dónde procedían, quiénes eran y qué pretendían.

La reacción de los gigantes era, en cierto modo, de lógica defensa.

El primero que conoció Wranel pareció hablar extensamente con sus compañeros, que pronto dieron muestras de comprensión. Tres de ellos sentáronse en una mesa frente a un encerado y a los mandos de un cerebro electrónico e invitaron a sentarse a los recién llegados y allí mismo empezó el estudio de un alfabeto de correspondencia.

Fue tarea larga y dura, tiempo y tiempo fue necesario para reducir a una realidad tangible y comprensiva la representación de las ideas, que sin duda alguna, ambos grupos poseían. No decayeron ni se desanimaron ni un solo momento, pese a tratarse de un trabajo agotador. Los hombres de Wranel se retiraban durante los descansos a las astronaves, de las que después de los comentarios y la ansiedad que demostraban sus compañeros para llegar al fin a poder vislumbrar algo sobre su suerte, salían con nuevos ánimos para su ingente labor.

Wranel, durante las largas sesiones de trabajo examinó todos los detalles que le rodeaban y hubo algo que le llamó poderosamente la atención. No era él, el único testigo del trabajo de los investigadores. Ni un solo momento dejaron de estar presentes varios gigantes cuyo comportamiento y la manera de proceder indicaban que se trataba de un servicio de vigilancia. Eran, en tiempos regulares, relevados unos por otros e inspeccionados a menudo por nuevos gigantes la riqueza de cuyos vestidos y su aire,

en cierta manera marcial y autoritario, le hacía suponer que se trataba de jefes militares.

Descubrió, asimismo, en los investigadores, una sumisión y un temeroso respeto hacia estos visitantes, que indicaban claramente su situación privilegiada.

Ignoraba completamente la organización social de aquellos seres, pero todos los detalles observados demostraban, bien a las claras, la existencia de una casta dominante.

* * *

No se hizo esperar mucho el momento en que Froner, con orgullo y satisfacción en sus ojos, presentóse a Wranel y pudo decirle:

—Mi coronel, aquí tiene una clave de correspondencia ideológica con la que es perfectamente posible establecer un diálogo con estos extraños seres. Su funcionamiento cerebral es casi idéntico al nuestro.

Había sido una obra de titanes. Desde el mutuo conocimiento de principios matemáticos, se llegó, paso a paso, a establecer la representación gráfica de ideas básicas que, variadas y descompuestas luego, permitieron la redacción de una especie de diccionario ideográfico con el que se podían comunicar.

Wranel reunió a todos sus tripulantes.

—Debo darles gracias—dijo—por su trabajo, así como confesarles que estoy orgulloso de todos y cada uno de ustedes. Mañana intentaré establecer diálogo con los neptunianos y quizá podríamos averiguar algo de lo que el destino nos tiene reservado. El solo hecho de haber visto lo que nos ha sido dado ver, bien vale nuestra pobre vida. Tengan presente que todo nuestro esfuerzo ha de ir encaminado a transmitir nuestra experiencia a los habitantes de la Tierra. De cada paso que podamos ir dando y que ellos puedan conocer, depende el destino de la Humanidad, que se halla en peligro de desaparecer. Somos los pioneros de la vivencia de la especie y debemos hacer honor a ello. Ahora procuren descansar hasta mañana.

Habían convenido seguir contando el tiempo de acuerdo a la forma terrestre y organizar su vida atendiendo a los cronómetros. Llamaban día a un lapso de 24 horas sin que ello coincidiera verdaderamente con los días y las noches del planeta sobre el que se hallaban, que giraba sobre sí mismo mucho más lentamente que la Tierra y tardaba años y años en recorrer su órbita alrededor del Sol.

Wranel se encerró en la cabina, redactó, como hacía cada día, el diario de navegación, en el que anotaba cuidadosamente todas sus experiencias y luego intentó descansar.

¡Empeño inútil! Pensar que unas horas más tarde sería el primer hombre que sondearía el misterio de una existencia desconocida hasta entonces, arrancaba el sueño de sus ojos.

Nervioso y desvelado abrió al fin la puerta de su pequeño despacho y salió a la cámara central.

Acurrucada en uno de los grandes sillones de descanso estaba Lunelia, con los ojos cerrados.

Wranel se acercó cautelosamente para no turbar su sueño. ¡Qué hermosa era! Se dio cuenta perfecta, en aquel momento, de cuán profundamente grabada llevaba en su corazón, la imagen de aquella mujer. Una sensación de cálido arrobamiento llenaba sus sentidos al aproximarle a ella.

Acercóse un poco más y... ella abrió los ojos.

Se miraron profundamente y los labios de Wranel se posaron sobre la pequeña y roja boca de Lunelia.

— ¡Amor mío!—dijo con entrecortadas palabras.,

Ella le abrazó dulcemente y se besaron de nuevo dejando que la eterna ley del amor viviera más allá del tiempo y del espacio.

—Te he amado siempre—murmuró Lunelia.

Wranel se sentó a su lado y atrájola sobre su pecho. ;

—No puedo callar mi amor—dijo—y sé que debería hacerlo. No sabemos qué será de nosotros. Si ha de ser así, quizá sea bueno morir juntos. Pero al amarte a ti amo infinitamente más a la vida.

Ella le miraba con sus enormes ojos bien abiertos, como si quisiera que la figura del amado entrara dentro de su corazón; llenándose su rostro de intensa serenidad.

—Ni a cambio de mi vida hubiera querido perder este maravilloso momento, Wranel. Y no temas por mí. Lucharemos los dos hasta el fin, que aún no ha llegado. Tú me lo dijiste.

No pudo hablar más, Wranel le cerró la boca con un nuevo beso. Permanecieron juntos y en silencio varias horas, durante las cuales su fantasía voló hacia bellos horizontes.

¡Algún día hallarían su paz y su felicidad en algún hermoso paraíso, que, rodaba, aún desconocido, por los inmensos caminos del firmamento!

CAPITULO IV

Aquella mañana amaneció llena de emoción para todos los tripulantes de las astronaves. Poder hablar con los neptunianos era tener una posibilidad de conocer el destino que los esperaba.

Wranel, como todos los días, salió de su aparato y acompañado de los comandantes y de varios técnicos se dirigió a la fortaleza donde la emoción era compartida por los gigantescos seres.

Entraron en la sala de conferencias que se había empleado para los estudios de la clave. Todo estaba ya preparado. En una mesa central había lugar para los dos primeros que habían de dialogar, con asientos detrás para sus compañeros. Frente a la mesa se hablan colocado varios jefes militares, que miraban a Wranel y a los suyos con aire despectivo.

El gigante que primero conoció a Wranel señalaba su lugar en la mesa, sentándose él enfrente. Los demás se acomodaron en los sillones, los hombres detrás de Wranel y cinco gigantes en el lado opuesto.

Con intensa emoción se extendieron las complicadas claves y escribiendo en una pizarra manejable, se estableció el primer diálogo entre los hombres y los habitantes de Neptuno.

—Me llamo Nuriten. ¿Y tú?

—Wranel.

— ¿De dónde procedéis?

—De la Tierra.

Nuriten miró a Wranel dubitativamente y murmuró algo que en seguida transcribió en signos:

— ¿Cuál es la Tierra?

Diose cuenta, entonces, Wranel de que era lógica y natural la pregunta y de que por mucha fantasía que se tuviera no era posible que los neptunianos le hubiesen asignado el mismo nombre al planeta de que procedían. Hízose necesaria la explicación y en un gran mapa sideral que mandó traer a uno de sus hombres señaló el planeta de procedencia.

Ahora sí que la mirada de Nuriten fue de enorme estupefacción.

— ¿Habéis llegado los habitantes de la Tierra a poder volar a tanta velocidad?

—Nuestras astronaves alcanzan, fuera de cualquier atmósfera, seis veces la velocidad de la luz y tienen un radio de acción para los motores y para los hombres de cinco años.

Nuriten le contemplaba maravillado. Entonces con una arruga de preocupación en la frente, preguntó:

— ¿Sois guerreros u hombres de ciencia?

Wranel vaciló.

—Para cualquier empresa grandiosa es necesaria la disciplina y el orden y en este sentido somos militares.

—Quiero decir—aclaró Nuriten—si sois hombres de guerra.

—Al revés, Nuriten, buscamos, la paz y amamos la ciencia.

— ¿Qué pretendíais al acercaros a nuestro planeta?

—Conocer la razón por la cual habéis interrumpido nuestro paso.

— ¿No queríais apoderaros de Neptuno?

Wranel sonrióse.

—De ninguna manera, Nuriten; las condiciones atmosféricas de Neptuno no son apropiadas para los hombres. La especie humana se halla ante el pavoroso problema de tener que dejar la Tierra, que por su enfriamiento interno, no sirve ya para la vida. Es un astro que muere. Necesitamos hallar una nueva patria para nosotros, que estamos seguros de encontrar más allá del sistema solar. Concretamente creemos que puede estar en un planeta que gira alrededor de la estrella Tau, de la constelación de la Ballena. Se halla a 10’3 años luz de la Tierra y por lo tanto dentro del radio de acción de nuestras astronaves. Nos ha llevado a este conocimiento el hecho de que Tau es una estrella de rotación lenta y casi de las mismas características que el Sol. Todas las estrellas se han formado de la concentración gravitacional del polvo y de los gases interestelares, pero en el caso del Sol, como ha de ocurrir forzosamente con Tau, parte de esta materia quedó fuera del núcleo del astro y de ella se han formado los planetas que giran alrededor de él, limitando su velocidad de rotación. Tau, como estrella de rotación lenta, es indudable que cuenta con un sistema de planetas que giran a su alrededor y el análisis espectroscópico de su luz, señala la presencia de las materias básicas para la existencia de los habitantes de la Tierra.

Nuestros sistemas ópticos no han podido vencer aún, los 115 trillones de Kms., que nos separan de esta estrella y por lo tanto debemos considerar su masa en conjunto. Sólo una incursión hacia

ella nos revelará, definitivamente, si la Humanidad podría desarrollarse en alguno de sus planetas.

—Pero... ¿Conseguiréis poder llegar a ella?

—Ya te he dicho que está dentro del radio de acción de nuestras astronaves, si bien nos es necesario situar puntos de observación, que pueden también, ser de partida, cuanto más alejados de la Tierra, mejor.

— ¡Es maravilloso!—dijo Nuriten con la más viva impresión reflejada en el rostro.

—Y ahora. ¿Puedo saber en qué condiciones estamos aquí?

—Sois prisioneros, Wranel—contestó Nuriten, y la preocupación volvió a oscurecer su noble rostro.

— ¿Prisioneros tuyos?

—Desgraciadamente, no. Casi me atrevería a decir que mis ayudantes y yo somos igualmente prisioneros.

Wranel le miró asombrado.

—Sí, así es, aunque parezca mentira. Los hombres de guerra se han apoderado de Neptuno. Los que nos dedicamos a la ciencia y los que trabajan, somos, en realidad, esclavos de un grupo dominador que capitanea un cacique llamado Drowan. Ellos son la fuerza. Estos hombres que ves ante nosotros son jefes de su ejército, que intervienen en nuestras experiencias y que realmente nos tienen prisioneros.

—La ambición de poder es ilimitada, Wranel. Nuestra civilización está muy avanzada y para ellos, dominar sólo a Neptuno es poco. Quieren dominar el espacio.

— ¿Tenéis medios para trasladaros a otros astros?

—Aún no, y, éste es el principal motivo de haberos capturado. Drowan quiere que estudiemos vuestros aparatos. Contamos con los rayos que han servido para apresaros y con los cuales podemos actuar a grandes distancias, pero nuestras naves celestes no pueden hacer más que el viaje desde el foco de Neptuno hasta sus satélites, que son avanzadas, antes científicas, ahora guerreras.

— ¿Tenéis armas atómicas? preguntó con ansiedad Wranel.

—No. ¿Lo son, acaso, las que lleváis vosotros? En Neptuno no se ha podido llegar aún a la desintegración dirigida del átomo.

—Sí, Nuriten, con nuestras armas podemos provocar la desintegración de cuanto deseamos.

Nuriten bajó la cabeza con honda preocupación y dijo:

—Parece que la obsesión de todos los seres del Universo es destruir... destruir...

—No es así, Nuriten, en la Tierra hace ya centenares de años

qué las armas son inútiles. Los hombres vivimos en paz. Las guerras son un estado primitivo de la civilización.

Nuriten continuaba pensativo, de pronto, como iluminado por una súbita idea, dijo:

—Wranel, con tu ayuda y la de tus armas podríamos aplastar a Drowan y a sus secuaces. ¿Por qué no nos ayudas?

Wranel meditó un momento. Neptuno en manos de seres como Nuriten sería una magnífica cabeza de puente para las exploraciones fuera del sistema solar. Serían siempre amigos, siempre aliados, pues por encima de su diversa configuración biológica, estaba la unidad de su formación científica y sobre todo su nobleza espiritual; pero no quiso comprometerse sin hablar con sus tripulantes.

—En principio no puedo negarme—dijo—pero es algo que debemos planear más despacio y sobre todo consultar con mis compañeros.

—Bien, Wranel, aún tienen tiempo para pensarlo. No se tomará ninguna decisión sobre vosotros hasta que llegue el propio Drowan, nuestros aparatos tardan varios meses en llegar de Neptuno hasta aquí. Entretanto ten presente dos cosas: Los hombres de guerra no deben conocer la clave para comunicarnos ni deben obtener datos o planos de tus astronaves. Yo les traduciré las conversaciones como crea más conveniente.

Se levantó Nuriten y puso sus manos en los hombros de Wranel, que era la forma de saludar y demostrar amistad entre los neptunianos.

* * *

Wranel bajó de la astronave, aquella mañana, acompañado de Lunelia. Desde hacía unos días era su secretaria, cargo en el que demostraba una eficiencia verdaderamente notable.

Se dirigieron ambos a la fortaleza, donde, Wranel, en íntima colaboración con Nuriten realizaba investigaciones encaminadas a la construcción de posibles refugios acondicionados para los habitantes de la Tierra.

El neptuniano estaba verdaderamente entusiasmado, pues comprobaba que los hombres habían llegado, en muchos aspectos, a un grado de conocimientos mucho más avanzado que el suyo.

En sus conversaciones era ya prácticamente innecesaria la clave matemática que conocían de memoria, no obstante, los cuadernos de la misma eran transportados en una cartera de documentos que llevaba Lunelia.

Al llegar a la sala de conferencias Nuriten indicó a Wranel que le siguiera, ya que le quería mostrar el funcionamiento de una máquina electrónica que había concebido, y con la que se podía unificar la velocidad de las ondas de voz y así establecer una correspondencia hablada.

Lunelia quedóse frente a la mesa de trabajo ocupada en su tarea, cuando sintióse fuertemente cogida por ambos brazos.

Volvióse inmediatamente y hallóse entre dos formidables gigantes, hombres de guerra, que la sujetaban dejándola indefensa, mientras uno de los jefes recogía todos los documentos y los ponía en la cartera que guardó entre sus poderosas manos.

No le dieron tiempo para reaccionar; uno de los gigantes la levantó en vilo como si se tratara de una niña y la llevó a través de una puerta automática.

Lunelia intentó poner en marcha su aparato trasmisor, pero fue inútil. El gigante la tenía agarrada de tal suerte que de ninguna manera pudo llegar con su mano derecha hasta la muñeca de la izquierda.

Corrieron los tres gigantes con su prisionera a través de un largo pasillo metálico iluminado siempre por aquella extraña luz rojiza que parecía emanar de las propias paredes.

Llegaron a una encrucijada donde los pasillos formaban como una plazoleta y el jefe pulsó un pequeño botón.

Abrióse una puerta, entraron todos en lo que parecía ser una jaula de hierro; se cerró la puerta y bajaron a una velocidad vertiginosa.

No pudo calcular cuál sería la profundidad a que la llevaban pero debía ser asombrosa a juzgar por el tiempo que duró el rápido descenso.

Paróse al fin el ascensor y salieron a una estancia amplia con varias puertas en sus paredes, guardadas, cada una de ellas, por dos hieráticos hombres de guerra.

Uno de los jefes, cuya corta túnica de plástico estaba adornada por unos extraños signos color púrpura, los esperaban en medio de la cámara.

Debió de pronunciar alguna orden, pues Lunelia fue inmediatamente depositada en el suelo, no sin antes haberle atado las manos a la espalda.

Pudo entonces contemplarlo ampliamente. Era de una altura algo superior a la de Nuriten y su rostro tenía igualmente una rara perfección de líneas, pero lo que en Nuriten era serenidad y nobleza, era, en este hombre de guerra, brutalidad y violencia; los

ojos, escrutadores y despectivos, infundían una inmediata aversión.

Examinóla el gigante, por su parte y, luego cogiéndola por un brazo la arrastró materialmente hacia una de las puertas, detrás de la cual, y a lo largo de un estrecho pasillo, se abrían varias celdas; la metió en una de ellas de un empujón cerrando tras de sí.

Lunelia se sentó en un camastro de acero flexible.

Su situación era verdaderamente desesperada. No podría resistir muchas horas sin renovar la provisión de oxígeno y sin medios de calefacción. No podía, tampoco, dentro de la escafandra, comer ni beber. Su cautiverio, por lo tanto, no podía ser largo. Un hilito de esperanza le hacía pensar, no obstante, que Wranel y Nuriten descubrirían en seguida su desaparición, pero, sensata, comprendió, también, las dificultades casi insuperables que tendrían que vencer para liberarla.

Intentó tranquilizarse. Debía pensar serenamente. Si aquellos seres hubiesen querido deshacerse de ella podían haberlo hecho en seguida. Es más, si lo que pretendían era arrebatarle la clave, podían haberlo hecho sin necesidad de llevársela. Todo esto le hizo comprender que ella representaba algo para los hombres de guerra, y que, seguramente, no pensaban matarla.

Se dijo, luego, que debía confiar en Wranel, y sobre todo portarse como lo haría él en circunstancias parecidas.

¡El fin no había llegado aún! Era desde hacía muchos días su máxima.

Abrióse la puerta y entró de nuevo el gigante que, cogiéndola de la mano la llevó a la sala donde primeramente habían estado.

Por otra puerta entraron ambos en una estancia extrañamente decorada. Maravillosas cortinas de un plástico brillante cubrían las paredes, de las que colgaban una especie de tapices con dibujos geométricos, que no obstante la sobriedad de sus líneas, daban una rara sensación de movilidad. Lunelia, pese a la ansiedad de los momentos que vivía, quedó prendida de su abstracto significado. Era un arte nuevo para ella y angustiosamente fascinante. Se trataba de líneas que hablaban, que decían algo. Eran como la representación gráfica y esquemática de los sentimientos.

Estaba ocupado el centro por una altísima mesa alrededor de la cual hallábanse reunidos diez o doce hombres de guerra de alta jerarquía.

Le obligaron a acercarse y subir en un pequeño escabel. Vio, entonces, esparcidos sobre la mesa, los cuadernos de la clave y varios de los planos que Wranel había preparado.

Por el desorden que comprobó en todos los documentos diose

cuenta que no conocían la forma de manejar la clave. ¡Ella no se lo enseñaría nunca! ¡Wranel no lo hubiese hecho!

Con signos más o menos inteligibles le hicieron comprender lo que querían. Que les enseñase su manejo.

Era imposible si por parte de ellos no había alguien que tuviese conocimientos precisos. Hizo una señal ambigua indicándoles que ellos no podían entender.

El gigante que parecía ser el de mayor jerarquía sonrióse tranquilamente y dijo algo a uno de sus ayudantes.

Inmediatamente abrióse una de las puertas y trajeron a su presencia un pobre ser maltrecha y lleno de cadenas.

Lunelia le miró aterrada.

¡Santo Dios, aquel hombre había sido sometido a tormento!

Su cara estaba tumefacta, sus uñas chafadas y le era difícil mantenerse en pie.

Volvió a mirarle llena de compasión y ahora nudo reconocerle. ¡Era uno de los ayudantes de Nuriten!

La maniobra de aquellos desalmados era bien clara. Obligarían a los dos a establecer diálogo para obtener la clave. Ella, tenía a su favor una indudable ventaja, no podían maltratarla, pues no ignoraban que de averiar su traje o su escafandra moriría instantáneamente. Y la necesitaban.

Nunca pudo pensar, no obstante, que el refinamiento en la maldad de aquellos seres era tan grande.

Pusieron delante del prisionero una pizarra y le instaron para que escribiera en ella.

El maltrecho gigante levantó el rostro, miró despectivamente a todos y poniendo los ojos en Lunelia apareció en su deshecha faz una serena sonrisa. Abrió los brazos dirigiéndose a ella, como Wranel había hecho en el primer momento, y los dejó caer de nuevo sin intentar siquiera tomar el clarión.

Uno de los sicarios cruzó su cara de un latigazo sin lograr que desapareciera su gesto de valiente firmeza. En el grupo se produjo una reacción de ira y varios de ellos se dirigieron al prisionero maltratándole cruelmente, sin lograr que éste moviera ni un solo músculo.

— ¡Valiente, amigo!—dijo para sí Lunelia y saltando inesperadamente de su escabel se dirigió con rapidez al prisionero y puso su manita encima del hombro, al que casi no llegaba, en señal de amistad.

El gigante había llegado al límite de su resistencia; llevó la mano al corazón, como tantas veces viera hacer a Wranel, y derrumbóse

como un castillo en ruinas.

Lo arrastraron fuera entre dos de los esbirros y el jefe de ellos dirigiéndose entonces a Lunelia con cínica sonrisa le hizo comprender cuál era el fin que le esperaba si se resistía a sus designios.

Lunelia acababa de vivir demasiado cerca del heroísmo para dejarse amedrentar. Levantó la cabeza y bajó los brazos, como había visto hacer al gigante, quedando inmóvil.

Dio una orden el jefe militar y trajeron un extraño aparato del que salían varios hilos eléctricos. Aplicaron sus extremos al vestido de Lunelia y bajando aquél la mano dio orden de conectar.

Lunelia creyó hallarse en el infierno. Sintióse materialmente abrasada en todos los rincones de su cuerpo.

Intentó continuar en pie... ¡era horroroso! ¡No podía resistir más! Nunca pensó que pudiese sufrir un dolor tan intenso. ¡Wranel! ¡Wranel!... fueron las últimas palabras que nadie oyó y que retumbaron trágicas dentro de su escafandra.

CAPITULO V

Wranel y Nuriten salieron del laboratorio altamente satisfechos; un par de días más de trabajo y sería posible entenderse de viva voz. Había sido una idea maravillosa. Las ondas sonoras movían unas plaquitas que producían una pequeña corriente que transformada debidamente, reproducía de nuevo las vibraciones a una intensidad conveniente para poder ser oída; elevándola cuando hablasen los hombres y bajándola cuando lo hicieran los neptunianos.

Wranel debía reconocer que, en orden a la electrónica aplicada, ellos habían llegado más lejos que los hombres.

Con este nuevo aparato sería perfectamente posible establecer un sistema de comunicación constante entre el planeta y el lugar donde los hombres se hallaran.

Se acercó a la pizarra.

—Nuriten, he pensado mucho en lo que me indicaste el otro día.

— ¿Y qué has decidido?

—He decidido ayudarte.

El rostro de Nuriten se llenó de intensa alegría.

— ¡Contando con tus armas para provocar reacciones atómicas nuestra victoria es segura!

— ¿Has pensado en el plan que debemos seguir?

—Naturalmente; primero debemos apoderarnos del pequeño satélite. En él hay bastantes hombres de guerra, que será muy lamentable, pero habrá necesidad de destruir. En la superficie de Neptuno no hay instalaciones de rayos Neptu, que representan el mayor peligro. Tú no has visto nuestro planeta porque eternamente está cubierto de una espesa capa gaseosa, pero mil kilómetros dentro de ella está el lugar más hermoso que puedas imaginar.

Y Wranel notó cómo una intensa ilusión inundaba el corazón de Nuriten. El mismo se dejó arrastrar por ella y por su innato espíritu de aventura.

—Adelante, Nuriten. Los hijos de Neptuno y los de la Tierra serán siempre hermanos.

Cortó aquel ilusionado diálogo uno de los odiosos hombres de guerra que se acercó a Nuriten y le dijo algo en tono confidencial.

Nuriten levantóse aterrado y su rostro adquirió una expresión de abatimiento desconocida en él.

— ¡Wranel! ¡Wranel! ¡Lunelia!...

Este le miró desconcertado.

— ¡Los hombres de guerra han raptado a Lunelia! Intentan apoderarse de la clave y creen que los planos que estudiábamos son los de vuestras astronaves.

El corazón de Wranel dejó de latir. Cualquier contingencia le hubiera afectado menos. ¡Ay de los hombres de guerra si algo ocurría a su pequeña Lunelia! Sería capaz de hacer estallar las dos cargas atómicas que cada nave llevaba y que producirían una irremediable desintegración en cadena. ¡Neptuno desaparecería del firmamento calcinando entre sus cenizas aquella jarea de malvados!

Firme y duro como era Wranel cuando desafiaba a la muerte levantóse de su asiento.

—Nuriten, ¡la lucha con los hombres de guerra ha empezado ya! —dijo—. Dios quiera que no sea el último episodio para todos.

—Espera, Wranel. El alto jefe quiere hablar contigo. Yo transcribiré sus palabras.

Abrióse la gran puerta metálica y apareció el gigante. Su indumentaria era parecida a la de Nuriten, pero una ancha banda carmesí cruzaba su pecho. De la cintura colgaba un arma parecida a las pistolas de tambor que siglos antes se habían utilizado en la Tierra. Su rostro era la máscara del orgullo y del desdén.

Hizo una autoritaria señal a Nuriten y se sentó. Wranel permaneció en pie.

—Te transcribo al pie de la letra sus palabras —escribió Nuriten —lo mismo haré con las tuyas.

Mientras Nuriten hacía sus preparativos, Wranel, sabiendo que no podían oírle, puso su pequeño trasmisor en marcha.

— ¡Atención todos! ¡Atención todos! Wranel al habla. ¡Preparados para luchar! Tres hombres de cada nave que estén listos para venir aquí a mi indicación. Lleven las armas atómicas. Si no se abre la puerta cuando yo avise disparen sobre ella. Pongan protección radial a las naves y... disparen contra todo y contra todos los que quieran acercarse.

Dio estas órdenes disimuladamente, como atendiendo sólo al alto jefe, que empezó diciendo:

—Sois nuestros prisioneros y debéis someteros a nuestras condiciones. He tenido demasiada tolerancia con vosotros y aun

con mis propios hombres de ciencia. Pero esto ha terminado. Te doy una hora de tiempo para enseñarme el funcionamiento de la clave que habéis hecho y los planos detallados de vuestros aparatos. Si no lo haces así mataré a tu compañera que tengo en mi poder.

— ¡Los hombres y las mujeres de la Tierra no temen a la muerte!

El gigante le miró, llena su odiosa cara de una cínica sonrisa,

—Pero temerán, como todo lo que vive, al dolor. Tu compañera no resistirá otra aplicación de rayos «Z» ¡Mira!

Y dando vuelta al conmutador hizo aparecer en la pantalla de T. V. la celda donde se hallaba Lunelia, que aparecía yerta y sin sentido, tumbada en un camastro con un rictus de infinito dolor dibujado en su rostro.

Wranel palideció intensamente y tuvo que agarrarse fuertemente en su asiento para no lanzarse como un puma furioso sobre el cruel y cínico hombre de guerra.

Miró con odio concentrado al gigante y dijo:

—Bien, tú ganas; cuando quieras empezaré a enseñarte el manejo de la clave. Pero ten en cuenta que es difícil que aprendas a hacer uso «de ella antes de que termine la resistencia del equino de mi compañera. ¿Qué garantía tengo de que no la dejarás morir?

El gigantesco hombre de guerra rióse burlonamente:

—Cuando tenga en mi poder los planos y cálculos necesarios para la construcción de aparatos como los tuyos, la entregaré—dijo al fin. Y ya procuraré que cumplas tu promesa.

—Los planos que has cogido no son de mis astronaves. Debo avisar para que me los traigan de cada aparato.

—Bien, avisa.

Nuriten miraba asombrado a Wranel; nunca pudo esperar una tan escasa resistencia y el reproche asomó a sus ojos.

Wranel ni siquiera le miró; conectó su aparato y dio la señal para que se acercaran sus hombres.

—Nuriten. ¿Cuál es el aparato de control de los rayos Neptu?

El aludido vaciló, había perdido su confianza en Wranel.

Este le miró y nerviosamente escribió:

—Yo soy el jefe de la operación «Nuriten» ¡Obedece!

Vio aquel una tal decisión y tan reconcentrada energía en el aspecto de Wranel, que no dudó más.

—Es el aparato que cubre toda la pared del fondo—dijo.

Wranel mantenía la vista fija en la T. V. esperando la aparición de sus hombres.

A los pocos instantes de emitida su orden alargáronse las escalerillas y aparecieron los tres en cada nave. Rápidamente pusieron pie a tierra y veloces llegaron hasta donde debía abrirse la puerta.

—Ordena que les den paso—dijo Wranel al jefe militar.

—Sólo entrará uno. El que lleve los planos. No me gusta su manera de proceder. Ten en cuenta que tengo un ejército que os arrastrará si no procedéis como yo ordeno.

—Entrarán todos—añadió Wranel ante el asombro de los dos, y abriendo el contacto de su transmisor, dijo:

— ¡Adelante!

Un ruido inmenso, como si un terrible huracán asolara el satélite oyóse a continuación. Wranel comprendió que los neptunianos lo percibían igualmente, pues sus rostros se demudaron y cubriéronse de una intensa palidez.

Sus ojos quedaron fijos en un enorme boquete que acababa de abrirse en la metálica pared, que ellos consideraban inexpugnable.

Nueve hombres entraron en la cámara, con las terribles armas en la mano.

A una señal de Wranel uno de ellos le entregó uno de los desintegradores atómicos. Era necesario destruir, ante todo, la instalación de rayos Neptu, único recurso que podía serles fatal.

No lo pensó más; ante la aterrorizada mirada de los dos gigantes, lanzó su rayo sobre el mando que le había señalado Nuriten. Todo cuanto quedaba bajo su efecto brillaba espantosamente primero, ardiendo bajo un fuego de intensidad escalofriante, desapareciendo, volatilizándose materialmente luego, en escasas décimas de segundo.

El gigante, pocos momentos antes, tan engreído y lleno de orgullo y seguridad, presa del mayor terror huyó velozmente.

— ¡Nuriten, es necesario hallar a Lunelia en seguida!

— ¡Sígueme con tus hombres! Yo conozco bien el camino. Cuando te señale algo, hazlo desaparecer.

Los diez hombres siguieron a Nuriten que abriendo una puerta por el lado contrario de donde había desaparecido el hombre de guerra, los hizo entrar en un largo corredor que formaba un marcado desnivel.

Llegaron a una pieza más ancha. Cuatro hombres de guerra los amenazaron con sus armas, intentando detenerles. Wranel disparó sobre ellos y los cuatro neptunianos desaparecieron de la vista del horrorizado Nuriten.

Señaló luego un lugar en la pared y en menos de un segundo un

boquete quedaba abierto.

Estaban a la entrada de una enorme sala que Wranel, que intentaba no perder la orientación, supuso que se hallaba precisamente debajo de las grandiosas torres por medio de las cuales habían sido capturados.

Al trasponer el boquete, algo, tremendamente violento, hizo impacto en su escafandra de acero-cristal.

Haciendo un gran esfuerzo para no perder el sentido, empujó a Nuriten y a sus hombres hacia atrás. ¡Disparaban contra ellos! Comprendió que los neptunianos usaban, aún, armas de explosión, sistema que hacía años y años que había sido abandonado por los habitantes de la Tierra, que disponían de artefactos muchísimo más peligrosos. No obstante, éste, continuaba siendo también temible. Los proyectiles no podían atravesar el acero-cristal de sus escafandras, pero serían fatales en cualquier otro lugar del cuerpo, donde, la protección que tan maravillosamente ofrecía el «duriun» para la temperatura y la presión, era nula al impacto violento de una bala. Cubriéronse junto a las paredes y Wranel intentó localizar a sus enemigos. Cada uno de sus pequeños movimientos era seguido de una peligrosa rociada de balas.

Con precaución suma pudo al fin observar el interior de la sala. Junto a una inmensa columna, que juzgó sería la base de una de las torres, se hallaban parapetados y al acecho, varios gigantes con las armas prestas a ser disparadas.

Era necesario barrerlos; pero un gran temor se apoderó de Wranel; al disparar su arma contra aquellos seres, se desintegraría igualmente la base de la columna, que, con su enorme peso, podía provocar un total hundimiento. Procuró indagar la configuración arquitectónica de la sala. Varias moles más indicaban las bases de otras columnas.

Nuriten le miró interrogador. ¿Qué esperaba?

Ciertamente era así. No podía vacilar. La pequeña Lunelia necesitaba de él. Debía correr el albur.

Entre una terrible rociada de balas enfoco su aparato y disparó.

Un ensordecedor estruendo se desencadeno al momento. La bóveda abrióse al peso de la columna que quedó sin base y al caer arrastró en pos de si otras torres. La tierra temblaba y se vieron obligados a sostenerse unos contra otros para no perder el equilibrio.

Desde el otro lado de la pared pudieron observar el alucinante drama que se desarrollaba en la sala. Docenas de gigantescos neptusianos salían de entre las máquinas con el horror y la locura

pintados en el rostro, para caer aplastados bajo las moles metálicas que se hundían.

Corrían con los ojos fuera de las órbitas, buscando la salvadora salida y sus potentes, cráneos ralos, eran machacados por el pandemónium de hierros retorcidos, piedras y cemento que se desprendían de la bóveda. El ruido era inmenso, una espesa cortina de polvo impedía ya verse unos a otros que chocaban entre sí como un rebaño presa del terror.

Wranel se levantó, era necesario seguir. Sirviéndoles Nuriten de guía, se lanzaron denodadamente dentro de aquel infierno, desintegrando a su paso los objetos o los gigantes que podían entorpecer su marcha.

Era una carrera enloquecedora, entre minas calcinadas y cuerpos lacerantes, capaz de amilanar el ánimo de hombres menos curtidos.

Por fin cruzaron el vasto recinto y calando un nuevo agujero en la pared, entraron en una escalera que parecía interminable, bajaron a toda velocidad, captando de vez en cuando, aún, los lejanos ruidos que producía el hundimiento; debían de usar muy cuidadosamente de sus armas, pues de lo contrario se exponían a morir enterrados en aquel laberinto subterráneo.

Después de un agotador descenso llegaron a la sala donde fue conducida Lunelia.

Antes de hundir la puerta, Nuriten, le hizo señal de precaución, pues era indudable que hallarían allí hombres de guerra.

Se apostaron a los lados de la pared y Wranel operó con su arma contra la puerta, que, en una fracción de segundo, había desaparecido.

La soledad más absoluta reinaba en el recinto.

Nuriten quedó perplejo, como si aquello le llamase fuertemente la atención. Hizo señales de alerta y con suma precaución entraron todos.

La sala estaba solitaria y las puertas de los diversos recintos abiertas.

Nuriten corrió hacia el pasillo de calabozos, seguido por Wranel, en cuyo rostro aparecía la más ardiente ansiedad.

Al llegar frente a una puerta, que Nuriten debió reconocer, abrió rápidamente.

¡La celda estaba vacía! ¡Lunelia había desaparecido!

Nuriten dejó caer los brazos desalentado, como dando a entender que desgraciadamente habían llegado tarde, demasiado tarde.

* * *

El cerebro de Wranel funcionó rápidamente. Lunelia sería un arma en mano de los hombres de guerra, en tanto estuviese viva. Muerta de nada podía servirles. Si su intención hubiese sido deshacerse de ella, lo hubiesen hecho allí mismo.

¿Por qué la llevaron con ellos?

Su vida tenía un plazo muy corto. A las diez horas dejaría el aparato de respiración de suministrar oxígeno y moriría fatalmente. Los hombres de guerra no conocían, seguramente, el tiempo de carga activa del aparato, pero familiarizados con toda clase de mecanismos, debían saber que era corto.

Una cosa era indiscutible de momento; Lunelia vivía, y, siendo así, él no podía dejar de buscarla.

En un momento recuperó aquella serenidad que le hacía invencible, precisamente en las ocasiones de mayor peligro. Sobre su lacerado corazón se levantó de nuevo el Wranel de los nervios de acero.

Puso la mano en el hombro de Nuriten, que en verdad necesitaba más de consuelo que el propio Wranel, y le hizo señal de que debían volver a la superficie.

Se acercaron al ascensor, que afortunadamente no había sufrido avería y en un momento se hallaron en el pasillo superior.

De allí volverían de nuevo al laboratorio de Nuriten, del que había desaparecido el aparato de mando de los rayos «Nept» y que tenía ahora un aspecto ruinoso.

Se acercaron al boquete que con sus armas habían abierto los hombres.de Wranel.

Nuriten dio un paso atrás horrorizado.

¡El espectáculo era aterrador!

Las tres aeronaves permanecían incólumes en su lugar de aparcamiento, pero formando un círculo macabro alrededor de cada una de ellas; varios centenares de gigantes yacían retorcidos y muertos con la última mueca de estupor pintada aún en sus requemados rostros.

Nuriten llevóse la mano al rostro y retrocedió pálido, descompuesto. Wranel cogióle por el brazo y amigablemente lo llevó hasta su mesa de trabajo.

—La violencia es siempre un espectáculo triste para quien tiene nobles sentimientos, Nuriten, pero la verdad y la justicia necesita a veces, de ella, para que no impere el reino del terror y la fuerza, que es la única razón de los desalmados.

— ¡Cuántos seres han sucumbido en pocos momentos, Wranel!

—Sí, así es, pero su muerte es fermento de bienestar para los que queden y para los que han de venir.

— ¿Qué ha pasado en tus astronaves?

—Seguramente fueron atacadas por los hombres de guerra, pero estaban preparadas con una protección radial. Se establece una especie de coraza invisible alrededor de ellas con una corriente de altísima intensidad, que llega a fundir cualquier cuerpo duro que la atraviese y, desde luego, que no puede resistir ningún ser vivo. Los gigantes se lanzarían contra ella y perecieron electrocutados al cruzar la invisible muralla.

—Si hubiesen matado a Lunelia ¡qué cara han pagado ya su vida!

—Nuriten, Lunelia no ha muerto, les interesa a ellos viva, puede ayudarles a descifrar la clave o pueden, a cambio de su vida, pactar conmigo. Pero...—dijo Wranel con profunda amargura— deben hacerlo pronto. Lunelia sólo tiene diez horas de vida.

—No comprendo la soledad que hemos hallado en los pisos inferiores—dijo Nuriten—allí estaba instalado el Alto Mando y nunca han dejado de vigilarlo.

— ¿Tienen algún lugar para hacerse fuertes?

—No; el satélite sirve sólo como observatorio y como base de la instalación de rayos «Neptu».

— ¿No existe otra instalación parecida a la que hemos destruido?

Un destello de comprensión cruzó los ojos de Nuriten.

—Sí—dijo—, existe otra instalación igual en el otro satélite de Neptuno. ¡Corre, Wranel! Vamos a las rampas de lanzamiento. Precisamente ésta es la época en que coincidimos en la órbita del otro satélite. Con unas horas de vuelo de nuestros aparatos pueden trasladarse allí.

A través de varios corredores, metálicos salieron a una amplia avenida, que Wranel había divisado al ser capturados, y que ahora aparecía solitaria y tan desierta como entonces.

En el momento de dejar la fortaleza viéronse envueltos en una lluvia de fuego. ¡Eran atacados por un nutrido grupo de hombres de guerra que impedían su paso hacia las rampas!

Wranel tuvo el tiempo preciso para tirarse al suelo y retroceder hasta la salida. Sus acompañantes, adiestrados convenientemente, desplegáronse y buscaron refugio en los escasos salientes de las construcciones. Un grupo de ellos obligaron a Nuriten a guarecerse en la entrada, junto a Wranel, protegiéndole valientemente a pecho

descubierto. Una ráfaga certeramente dirigida alcanzó a dos de los valientes.

Los arrastraron hacia el seguro refugio que ofrecía la entrada y Wranel los examinó. ¡No tenían salvación! Los proyectiles habían destrozado el traje de protección y murieron, antes asfixiados, que por efecto de las balas.

No podían dar un paso; una barrera mortal había sido cuidadosamente interpuesta entre ellos y los jefes militares, en cuyo poder se hallaba Lunelia.

Wranel, agazapado en el suelo, estudiaba la más pequeña posibilidad de enfocar sus armas contra los parapetos de sus atacantes. Era necesario descubrirse y cualquiera de ellos que lo intentare moriría antes de poder disparar.

De pronto captó un ensordecedor ruido; levantó la cabeza y vio unos grandiosos aparatos en forma de huso y. alas en delta que cruzaban el espacio. El lanzamiento se hacía con una rapidez asombrosa. Separados por sólo una fracción de segundo, más aparatos iban cruzando ante su vista.

¡Los hombres de guerra huían! Un dolor profundo inundó el corazón de Wranel, porque con ellos arrastraban a una muerte segura a su amada.

¡Dios del cielo! ¿Qué podía hacer?

Un intenso sentimiento de impotencia y rabia le hizo arañar el suelo con sus manos.

Acercóse a Nuriten, arrastrándose con cuidado, y con ojos en los que la locura brillaba como una ardiente chispa, escribió con un trozo de pedrusco en el suelo:

— ¡Asesinos, les barreré como si fuesen animales dañinos!

Nuriten alargó el brazo, que cruzó sobre el hombro de Wranel, iniciando así un abrazo de cálida comprensión.

No escribió ni una palabra, pero le miró intensamente y en sus ojos leyó Wranel tanta comprensión, tanta bondad, una tal nobleza de sentimientos que le hizo avergonzarse de su desespero.

Hacía un momento hubiese llorado como un niño o luchado como un animal furioso. Pero la calma fue volviendo a su corazón.

Su impotencia para salvar al ser amado era el horroroso drama que cada día se repetía entre sus hermanos de la Tierra, y él estaba allí para abrir nuevos caminos y hallar lugares donde esto no pudiese ocurrir. Su corazón no debía llorar por su pequeño dolor, debía luchar hasta que pudiese dar el último latido, para consolar el dolor inmenso de toda la Humanidad.

Era necesario conocer los detalles de organización del otro

satélite, pero antes debía deshacer la resistencia que oponían los últimos hombres de guerra que quedaban aún allí.

De pronto cruzó su mente una idea. ¡Cielo Santo! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Destruidos los rayos «Neptu», las astronaves habían quedado libres. Debía por lo menos comprobarlo.

Abrió el contacto de su pequeña emisora.

— ¡Atención «Aligátor 3»! ¡Atención «Aligátor 3»! Wranel al habla. ¿Me oyen?

—Perfectamente, coronel.

—Bien. Óigame, capitán Zadok. He destruido la instalación de rayos que nos tenían prisioneros. Debe intentar poner su aparato en vuelo. Pruebe en seguida.

—A la orden, mi coronel.

—Mantenga la comunicación, es trascendental que consiga elevarse.

Desde su lugar de escucha oyó al capitán Zadok dar las órdenes de vuelo y los ruidos de puesta en marcha.

— ¡Coronel Wranel!—oyó a los pocos segundos—: ¡Los mandos responden perfectamente!

¡Aquello era maravilloso! Eran de nuevo dueños de su destino y su esfuerzo no se habría perdido. ¡Dios Santo! ¿Por qué no había conseguido conservar a su lado a Lunelia?

Wranel cerró un momento el contacto del trasmisor e inmediatamente pudo captar el ensordecedor ruido de una de sus astronaves que efectuaba un despegue vertical, ruido que sonaba a sus oídos como música celestial.

Conectó de nuevo.

— ¡Atención, capitán Zadok! Comuníqueme sus observaciones.

La voz del «Aligátor 3» llegó al momento.

—De una especie de trampa que se abre al final de la avenida, van saliendo aviones que toman una dirección en ángulo de unos cinco grados con respecto a su base. Se observa una concentración de fuerzas, parecida a un pequeño ejército, aproximadamente a la mitad del largo de la avenida.

De acuerdo, capitán Zadok, intente dar una pasada baja contra estas fuerzas. Procure no usar las armas atómicas. Estamos nosotros peligrosamente cerca.

—Coronel, me arriesgaré a dar una pasada sobre ellos a la mayor velocidad que consiga dentro de esta rara atmósfera y a una altura sólo de cincuenta o cien metros; la fuerza del desplazamiento del aire creo será suficiente para deshacer su organización.

Procuren Vds. permanecer tendidos y todo lo parapetados que puedan. Cuando estén dispuestos, dé la señal.

Los hombres de Wranel vieron aparecer, en el trozo de cielo que dominaban, la gigantesca astronave. Una infantil alegría rebulló en sus ojos. ¡Estaban salvados!

— ¡Atención todos!—comunicó entonces el coronel a los siete que habían quedado ilesos—: tiéndanse en el suelo y procuren cogerse fuertemente donde puedan. El «Aligátor 3» va a dar una pasada rasante contra nuestros enemigos. No creo que puedan resistirlo. ¿Preparados? ¡Adelante, capitán Zadok!

Fueron unos instantes de intensa emoción.

La astronave salió rauda hasta convertirse en un puntito en el espacio. Luego trazó un enorme semicírculo y puso proa al satélite, sobre el cual se precipitaba por momentos. Parecía inevitable el choque. Al llegar a pocos kilómetros del suelo dibujó su trayectoria una elegante parábola cruzando por encima del satélite a cincuenta metros de altura.

¡Un trueno ensordecedor, seguido de un huracán desenfrenado asoló aquella parte del astro!

Tuvieron todos que agarrarse fuertemente para no ser elevados por la fuerza del aire, pese a hallarse casi a mil metros del centro de la pasada, que el capitán Zadok había centrado, con precisión, sobre el lugar donde se hallaban las fuerzas.

—Coronel Wranel—oyó en el trasmisor—cumplido el objetivo, pueden salir; no creo que hallen resistencia.

Así fue en efecto. Rápidamente dejaron sus escondrijos y se lanzaron sobre los parapetos de los neptunianos.

— ¡Disparen ahora! ordenó Wranel.

Siete lanzarrayos sembraron la muerte entre el revoltijo que había producido el huracán.

No fue necesario insistir más; los pocos gigantes que habían quedado con vida salían con los brazos en alto, lanzando sus armas en señal de rendición.

Lo que fue el pequeño dispositivo militar había quedado reducido a un montón informe de escombros y ruinas. Hombres y pertrechos habían sido materialmente arrastrados por el huracán y una ola de confusión y espanto invadía el lugar.

Wranel se dirigió hacia la rampa, de la cual, igualmente, salían los gigantes dando muestras de rendición.

Entró en el subterráneo donde halló unos cincuenta aparatos cuyo lanzamiento se había interrumpido.

Se dirigía hacia él, con aire agresivo, un hombre de guerra de

alta jerarquía, seguido de una pequeña tropa de gigantes, que debían ser la tripulación de algunos aparatos.

Wranel no dudó ni un momento.

— ¡Fuego!—ordenó.

Una destrucción total se abatió sobre aquellos desgraciados. Las armas cayeron de las manos de cuantos habían contemplado aquella espeluznante escena. Ya no quedaban enemigos.

Wranel se acercó a Nuriten y sobre su bloc escribió:

—Manda reunir a todos los hombres que queden con vida aquí. Por medio tuyo les hablaré.

Nuriten se acercó a los aparatos de comunicación y cursó las órdenes necesarias.

Poco a poco fue llenándose la vasta nave que había servido de depósito de los aparatos neptunianos, con un apretujado mundo de gigantes, en cuyo rostro llevaban impresos el terror y el desconcierto.

Wranel subió al estribo de un aparato en compañía de Nuriten, al que uno de sus ayudantes había preparado rápidamente un micro y la pizarra necesaria para hablar con el coronel.

Este extendió su mirada sobre aquellas imponentes figuras casi humanas y dijo:

—Los hombres de la Tierra no hemos venido a vuestro mundo para sembrar la desolación y la muerte. Algunos de vuestros engreídos jefes, dominados por la ambición, son los que nos han obligado a emplear la violencia. Queremos ser amigos de los neptunianos. Hemos empezado una lucha a muerte contra el terror de los hombres de guerra y terminaremos con él. Tenemos medios para destruir totalmente Neptuno, si sus habitantes se empeñan en oponerse a nuestra expansión. Pero os repito que sólo pretendemos establecer la paz y la comprensión. Desde este momento el mando supremo del satélite está en manos de Nuriten, a quien respaldaremos con nuestros medios.

Wranel distribuyó sus hombres en los puntos neurálgicos, para dominar cualquier conato de rebelión y retiróse a su nave.

CAPITULO VI

En el ambiente acogedor de su pequeño despacho, dejóse caer sentado sobre el diván y cubrióse el rostro con las manos. Cada minuto que pasaba era como una espina que fuera clavándose en su alma. Era un minuto menos en la vida de Lunelia.

Unas furtivas lágrimas corrieron sobre sus mejillas, llevando toda la amargura de que rebosaba su corazón.

La sensación de impotencia, de saber que ningún esfuerzo suyo podía salvar al ser amado, era superior a sus fuerzas.

Lunelia moriría fatalmente dentro de pocas horas, lejos de sus amantes brazos y sin que nada pudiese hacer por evitarlo.

¡Era aterrador!

Una mano se posó sobre sus abatidos hombros. Era Runy.

—No puedo darte consuelo, Wranel. Es duro y triste para ti.

Wranel volvió la cabeza en señal de desesperación.

—Pero a veces—siguió Runy—las cosas en que juega nuestro corazón son las que menos claramente sopesamos.

El coronel le miró con sorpresa.

— ¿Es que piensas que puede haber alguna esperanza?

—No sé, Wranel, no quiero hacerte concebir ilusiones. Pero piensa serenamente en todo esto. Se han llevado a Lunelia con ellos y saben que su vida tiene las horas contadas. ¿De qué podría servirles su cadáver? Si su intención hubiese sido matarla ¿por qué no lo hicieron aquí?

—Este razonamiento me he estado haciendo también. Pero lo cierto es que no tiene base ninguna. Sólo a millones y millones de kilómetros se encuentra el aire que Lunelia puede respirar, y, ellos no pueden llegar hasta allí. ¿Por qué se la han llevado? No lo sé, pero indefectiblemente morirá.

Wranel, es duro lo que voy a decirte, pero es la realidad, perdóname por ello. Por honda que sea la tristeza de tu corazón no puedes dejarte abatir. Llevamos una sagrada empresa en las manos y ella ha de estar por encima de nuestro dolor y aun de nuestra vida. Tú perteneces a la Humanidad. No eres libre. No

puedes llorar y abatirte aunque sangre cada potencia de tu alma. La lucha te espera y si Lunelia hubiese muerto, no dudes que eternamente estaría su espíritu junto a ti.

Wranel fue irguiéndose poco a poco, cogió con sus dos manos una de las de Runy y dijo:

—Gracias, amigo; no debo perdonarte, debo agradecerte que me recuerdes mi deber, cuando el dolor ofusca mis sentidos. Pero tienes razón, por encima de nuestros propios problemas está el atroz problema de miles y miles de hermanos que mueren sobre la yerma Tierra. ¡Adelante, Runy! Ahogaré mi dolor como vosotros habéis sabido ahogar vuestros sufrimientos. Estamos en el camino de la victoria y no debemos desaprovecharla. Llama en seguida al capitán Zadok y al capitán Kowark.

A los pocos momentos estaban delante de Wranel los capitanes de las dos astronaves.

—Señores, les he llamado a Vds. para que tomen inmediatamente una decisión. En estos momentos pueden despegar las astronaves para volver a la base. Una de las dos debe hacerlo al instante, a fin de llevar al Alto Mando el resultado de nuestra experiencia. La otra debe quedar conmigo para intentar culminar la obra que hemos empezado. Debe ser destituido totalmente el imperio de los hombres de guerra y dejar sentada una amistad duradera con los habitantes de Neptuno, que será la base de expediciones posteriores fuera del sistema solar.

El que desee de Vds. quedarse conmigo que dé un paso al frente.

Los dos, como movidos por un resorte, avanzaron a la vez.

Wranel sonrió satisfecho.

—Bien, Vd. es más joven, capitán Zadok, se quedará conmigo. Y Vd., capitán Kowark, despegue inmediatamente. Tome esta cartera de documentos que entregará personalmente al general Lawnkel. No pierda ni un minuto; en el otro satélite de Neptuno existe una instalación de rayos igual que la que hemos destruido aquí y debe Vd. salir antes que pudiera afectamos. Nosotros lucharemos como podamos.

—A la orden, mi coronel. ¿Me permite usted abrazarle antes de partir?—dijo Kowark con la voz entrecortada por la emoción.

Wranel abrió los brazos y contra su pecho sintió latir el corazón de un hombre valiente que se alejaba del peligro sólo por disciplina y sentido del deber.

—Intenten establecer comunicación con nosotros—continuó Wranel—destruida esta instalación no puede ser total la barrera de

incomunicación. Y nosotros, señores, a nuestro trabajo —terminó dirigiéndose a los demás.

Salieron y a los pocos instantes contemplaban el majestuoso despegue del «Aligátor 2» que emprendía el regreso hacia la compañía de los hombres. En unas escasas fracciones de minuto el aparato fue un punto casi invisible en la noche eterna del infinito.

Wranel y sus ayudantes dirigiéndose al laboratorio de Nuriten. Al entrar sorprendióles una extraña pero melodiosa voz que pudieron captar perfectamente.

—Bienvenidos, amigos.

¡Era Nuriten! ¡Era su voz! Hablaba delante de un pequeño aparato que Wranel comprendió en seguida se trataba del transformador de ondas vibratorias.

El trabajo del sabio gigante fue verdaderamente maravilloso. Durante el largo tiempo que duraron los estudios, fue componiendo pacientemente una correspondencia fonética del diccionario ideográfico adaptado a sus condiciones.

Ahora se hallaban los neptunianos en condiciones de poder hablar el lenguaje de los hombres y de hacerse comprender por ellos.

¡El milagro se había realizado!

Este era, seguramente, el paso más trascendental que se había dado.

Wranel se acercó a Nuriten y le estrechó emocionado la mano.

—Tú y tus hombres de ciencia—dijo—habéis convertido en realidad lo que parece una quimera. Vuestros adelantos en electrónica son verdaderamente maravillosos.

—Así lo creo—contestó Nuriten halagado— pero confieso que en muchos aspectos estáis vosotros muy por delante.

—También esto es cierto, pero de la compenetración que hemos iniciado saldrá la correspondencia mutua. ¡Dos mundos distintos luchando por la felicidad de sus habitantes! La idea es grandiosa.

—Y ojalá—siguió Nuriten con un dejo de amargura en la voz— podamos desterrar de estos mundos la violencia y el crimen.

—No dudes que será así; pero desgraciadamente no hemos llegado aún a ello. Sufriremos violentos ataques y debemos defendemos por medio de la violencia. Y, ahora ¿quieres explicarme, Nuriten, la organización del segundo satélite, hacia el cual se han dirigido nuestros enemigos?

—No es tranquilizador lo que tengo que decirte. En este satélite existe una instalación en todo igual a la que temamos aquí. Uniéndola potencia de las dos, conseguíamos establecer un

verdadero bloqueo de una parte del espacio, que os afectaba principalmente a vosotros y a otros extraños viajeros del firmamento, que usan unos aparatos muchísimo más grandes que los vuestros, de forma casi redonda y que han cruzado repetidamente nuestra área de acción.

Wranel le escuchaba con el más vivo interés.

Posiblemente se trataría de los satélites artificiales que habían sido puestos en órbita más allá de Neptuno.

Nuriten siguió:

—Este segundo satélite, está en manos de un científico llamado Eurian, hombre de confianza y la mano derecha del dictador Drownan. A él no podremos nunca atraerlo a nuestro campo. Es ambicioso y cruel como un hombre de guerra.

— ¿Crees que nos atacará de alguna manera?

—Estoy seguro de ello. Sus rayos «Neptu» pueden inmovilizarnos completamente.

—Será necesario obrar rápidamente y con decisión—dijo Wranel —. Como primera providencia debemos observar cuidadosamente el satélite.

—Vamos a ello—asintió Nuriten—el teleproyector ha quedado instalado.

Maniobró en los mandos del aparato y en la pantalla correspondiente apareció nítida y precisa la proyección del pequeño satélite.

Era casi igual al que se hallaban. Con toda claridad se divisaban las enormes torres metálicas de los rayos «Neptu» y un cúmulo de geométricas construcciones a su alrededor.

Pero lo que llamó poderosamente la atención de Wranel, fue una gran masa de forma casi esférica que se hallaba posada en una pista cuadrangular parecida a la que sus naves habían tenido como prisión.

— ¿Y esta montaña metálica qué es?—preguntó.

—Es uno de los raros vehículos de que te hablaba y que hace poco tiempo fue capturado por Eurian. No conozco aún el resultado de sus investigaciones.

— ¡Por Dios Vivo!—gritó Wranel— ¡Es extraordinario! Se trata de uno de nuestros satélites artificiales, que creíamos había sido desintegrado.

Nuriten le miró estupefacto.

— ¿No querrás decir que es también vuestro?

—Claro que es nuestro... No se trata de una astronave como las que tenemos aquí, sino de un satélite artificial que debe ser

colocado en órbita fija y determinada.

De pronto los ojos de Wranel relampaguearon de emoción. Una idea fantástica atravesó su cerebro.

— ¿Conocían los hombres de guerra detalles de esta captura? —preguntó:

—No sé, Wranel, pero es probable que sí. El Alto Mando recopila todas las observaciones científicas que pueden ser de algún interés.

—Y... naturalmente ¿pueden tener fotografías de los seres que están dentro del aparato?

—Sí, claro...

—Nuriten, ¡Lunelia tiene una probabilidad de salvarse aún!— gritó entusiasmado Wranel—. El juego de los hombres de guerra es fácil de comprender. Llevarán a Lunelia con los planos y la clave al satélite artificial y procuraran allí, por medio de Eurian, ponerse en contacto con sus tripulantes, para conseguir de ellos lo que no han podido conseguir de mí.

Sobre la pantalla pudieron ver entonces la llegada de aviones con los que habían huido los guerreros.

Ni un detalle escapaba a los ojos de Wranel. Cada aparato fue aterrizando en las largas pistas y era retirado inmediatamente a los refugios y hangares.

Los tripulantes con precisos movimientos descendían de sus respectivos aviones internándose en seguida en las construcciones laterales.

No pudo contar el número de aparatos, pero, constató que se trataba de un verdadero ejército aerotransportado. Las figuras humanas eran demasiado pequeñas para precisar concretamente de quién se trataba, pero de uno de los aparatos vio bajar dos camillas.

¿Iría en una de ellas Lunelia?

Observó atentamente y su corazón dio un vuelco de alegría cuando notó que la camilla era llevada a las proximidades del satélite prisionero. Sus conductores dieron la vuelta a la enorme montaña metálica y desaparecieron de su vista.

—Nuriten—preguntó—, ¿llegan tus rayos de observación hasta allí?

—No, amigo; son de mucho menor alcance.

Wranel dejó de observar y paseaba irritado.

¿Qué había ocurrido?

¿Se había podido salvar su amada?

* * *

Lunelia abrió los ojos y se halló acomodada en una litera más cómoda que el horrible camastro de su calabozo.

Intentó moverse y mil punzantes dolores acribillaron su cuerpo. Pudo recordar los intensos sufrimientos que la habían hecho perder el conocimiento y sólo a su recuerdo, gruesas gotas de sudor perlaron su frente.

No sabía cuánto tiempo había permanecido desvanecida, pero la facilidad con que aún respiraba el aire de su escafandra le hizo comprender que no había transcurrido mucho.

¿Pero dónde se hallaba ahora?

¿Qué intentarían hacer con ella?

Sinceramente, deseaba terminar cuanto antes. Comprendía que era imposible su salvación si no podía volver muy pronto a la astronave y era bien claro que los hombres de guerra no tenían intención de liberarla.

No obstante, por más que daba vueltas a su cabeza, no comprendía por que la habían conservado tanto tiempo.

Su vida era como la de una mariposa recién salida de la crisálida, unas horas terminarían fatalmente con su existencia.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, no tenía miedo a la muerte, pero era doloroso dejar de vivir precisamente ahora.

Su corazón se llenó de tristeza y sintió esa nostálgica opresión que produce la contemplación del ocaso:

La vida, que se había convertido para ella en una magnífica y espectacular aventura, iba a dejarla fatalmente, llenándola de un dejo amargo de ilusión frustrada.

Nunca más vería ya a Wranel. Nunca más se sentiría oprimida por sus potentes brazos ni sentiría junto a los suyos el calor de los labios del hombre amado.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

¿Por qué había, Señor, tanta crueldad en el Universo?

Cerro los ojos dejando que la fantasía trajera a su recuerdo las bellas horas que había vivido. El fin, fuera cual fuera, sería más amable.

De pronto abrió los ojos asombrada; notó la sensación de rápido descenso, como si viajase en un avión. Con inusitado esfuerzo procuró volver a cabeza y vio cerca de la suya otra camilla en la que se hallaba tendido, deshecho y mal herido el ayudante de Nuriten, que tan cruelmente había sido tratado.

El gigante vio su sorprendida mirada y entre sus infinitos dolores

halló aún fuerzas para esbozar una sonrisa.

¡Qué espléndido y valiente amigo!—pensó Lunelia.

Examinó la pequeña cámara en que se hallaban y tuvo la seguridad de que, efectivamente, se trataba de un avión.

¿Hacia dónde arrastrarían sus pocas horas de vida?

Sólo unos minutos más duró el descenso y sintió las sacudidas de un perfecto aterrizaje.

Se abrió una puerta y dos gigantes cogieron su camilla sacándola del avión emprendiendo una rápida marcha.

Que se hallaba en el mismo lugar que habito los últimos días. Las construcciones y aspecto general eran idénticos.

Atravesaron las pistas y la llevaron en dirección a... ¡Santo Dios! ¿Qué podía ser esto?

Tenía delante una montaña metálica que hubiera jurado que era como los satélites artificiales que se disparaban desde la Tierra. Examino con toda atención aquel extraño encuentro y no le cupo duda. Si no era un satélite era su copia exacta.

Los camilleros dieron vuelta y la dejaron precisamente delante de las bocas de lanzamiento.

Lunelia no percibía ni el más pequeño ruido. Nada se movía a su alrededor.

Intentó incorporarse en la litera y con mil dolores consiguió levantarse un poco.

Estaba completamente sola y a sus pies tema la dichosa cartera de documentos. Procuro cogerla y con esfuerzos sobrehumanos llego a apoderarse de ella.

Los planos habían desaparecido, pero en cambio estaban íntegros los cuadernos de la clave.

Puso la cartera a su lado y contemplo maravillada la enorme mole del satélite artificial.

¿Cómo podía haber llegado allí?

Sus pensamientos se hacían un torbellino. Nada comprendía de lo que desde unas horas le venía ocurriendo. Veía claro que era ella una pieza importante de alguna combinación que los hombres de guerra estaban jugando, pero, por más que intentaba desentrañar el misterio, no llegaba a ponerlo en claro.

Tumbóse de nuevo. Su cuerpo estaba terriblemente dolorido y notaba como poco a poco iba enrareciéndose el aire de su escafandra.

Pudo poner en marcha su pequeño transmisor. Intentaría aún pedir auxilio. Pero ¿a quién Dios mío? ¿A quién?

Un pequeño rayo de luz avanzó por su cerebro.

¿No podía estar habitado el satélite?

En seguida comprendió que aquello era una fantasía. Era un absurdo pensar que un satélite artificial habitado por hombres se hallase precisamente allí.

Respiró profundamente.

El oxígeno íbale faltando por momentos...

Sentía una dura opresión en el pecho y un pronunciado dolor en las sienes le hizo comprender que sus momentos estaban contados.

Respiraba más de prisa... jadeante... Sus manos se agarraban convulsas a los hierros de la camilla.

Le parecía que por momentos se cubría todo de oscuridad. ¡Wranel! ¡Wranel!—gritó con las palabras ya entrecortadas—. ¡Te quiero Wranel!

Todo estaba ya completamente oscuro. Sólo unas rayas brillantes, que más que herir sus ojos parecían que cruzaban su cerebro, iluminaba aún el mundo que ella perdía.

¡No podía respirar!... Ahora había llegado el fin... ¿Por qué no permitió Dios que el fin llegara cuando estaba junto a Wranel?

Un ruido extraño cruzó su tímpano. ¡Alguien hablaba! ¡Atención! ¡Atención! Conteste. ¿Quién es Vd.?

No podía ser, nadie podía ya hablarle... era el fin... ¡Wranel! ¡Wranel! ¡No me dejes! ¡Tengo miedo!

Una niebla espesa y gris entró por todos sus sentidos y ya nada oyó ni nada veía...

Lunelia quedó inerte.

* * *

Cuatro hombres aparecieron en la boca de lanzamiento del satélite.

Con movimientos apresurados lanzaron una escalerilla y dos de ellos bajaron con toda la velocidad que sus escafandras y el traje protector les permitía. Corrieron hacia la camilla de Lunelia y recogiéndola regresaron con prisa a su base. Los dos que habían quedado arriba ayudaron a bajar la camilla y todos entraron ordenadamente a una vasta cámara de presión.

Unos minutos después, se quitaron las escafandras.

El más intenso asombro se pintaba en sus rostros.

¡Esto es imposible!

— ¿Cómo diablos puede haber llegado una mujer aquí?

—Bien, no perdamos tiempo. Esta muchacha está al borde de la asfixia. ¡Fuera la escafandra!

Con extraordinaria rapidez quitaron a Lunelia su aparato y una vez más quedaron asombrados ante su belleza.

—No puede esperar la normalización total de la presión—dijo uno de ellos—. Es necesaria la respiración artificial en seguida.

Quitóse en pocos segundos su traje metálico y a poco inició la práctica de la respiración artificial a Lunelia.

Pasaron unos momentos sin que diera la menor señal de vida. Poco a poco sus mejillas fueran coloreándose y moviéronse las aletas de su nariz.

— ¡Hemos llegado a tiempo!—dijo alegremente y sin dejar de atender a Lunelia, aquel hombre—. ¡Es la cosa más extraordinaria que he visto en mi vida! Recoger una chica de la Tierra en un satélite de Neptuno.

—No debe extrañarte, tú también estás en Neptuno y veo muy difícil que nadie te recoja, Briley.

Este, sin dejar de aplicar los rítmicos movimientos a Lunelia, miró alegremente a su compañero y dijo:

—Mira, la verdad es que la situación no es para grandes alegrías, pero reconoce que valía la pena de darse un paseíto para recoger una chica como ésta.

—Sí, pero el paseo ha sido muy largo, muchacho, y lo peor es que no sabemos cómo terminará.

—Si supiéramos cómo han de terminar las cosas nada tendría gracia.

Eran cuatro hombres jóvenes y fuertes en cuyo semblante llevaban escritas la impetuosidad arrolladora energía y el ansia de aventura. Como la mayor parte de tripulantes del satélite hubiesen encajado, con absoluta naturalidad, el más fantástico de los acontecimientos.

Lunelia movió entonces su cabecita.

—Esta chica va a volver en sí y creo que será muy bueno para su salud que me vea a mí antes que a cualquiera de vosotros—dijo jadeante por el esfuerzo Briley.

Los tres hombres se miraron entre sonrientes e indignados y sin decir una palabra se acercaron, cogieron a Briley y levantándolo en vilo lo lanzaron a un rincón de la cámara.

Cuando rezongando, se levantó, tuvo que contentarse con el segundo puesto alrededor de Lunelia.

—Sois una taifa de envidiosos.

Ella abrió entonces sus ojos.

Los muchachos la contemplaron ansiosos y llenos sus jóvenes rostros de alegría y de triunfo.

— ¿Dónde estoy?

—Está Vd. en el satélite artificial «B. X. 107», que debería de rodar por el espacio más allá de la órbita de Neptuno, pero que no estamos porque alguien nos pescó—contestó Briley alegremente.

Lunelia abrió desmesuradamente los ojos.

— ¿En qué satélite dice?

—El «B. X. 107», de cuya tripulación forma parte el teniente Briley, del que ya habrá oído hablar si ha corrido un poco por el espacio.

Lunelia le miró como no creyendo lo que oía.

— ¡Bendito sea Dios!—dijo al fin, y sin poderlo remediar las lágrimas afluyeron a sus ojos y un llanto nervioso se apoderó de ella.

CAPITULO VII

El afecto y la simpatía de sus salvadores fue calmando a Lunelia.

Pese a tener a los cuatro muchachos delante de sus ojos, le parecía imposible poder hablar de nuevo y sentir a su alrededor cálidas voces humanas.

Había oído bien claramente que se hallaba en el «B. X. 107», y aún no podía creerlo. Siempre había tenido en el fondo de su corazón, la esperanza de que su padre no hubiese muerto. Esta esperanza fue la que le hizo tomar la decisión que tan trascendentales consecuencias había tenido en su vida. Pero siempre parecía, también, que la razón se oponía crudamente a sus ilusiones. Hallar ahora al satélite que mandaba su padre, en tan especiales circunstancias, parecía algo más allá de lo que humanamente se puede prever, una jugarreta del destino que se hacía casi imposible de aceptar.

Pero indudablemente era así.

— ¿Manda el satélite el Dr. Sadrow?—preguntó, con temor aún de que la engañara la fantasía.

—Sí, efectivamente. ¿Es que le conoce usted?

—Sí, le conozco—respondió Lunelia llenándosele de lágrimas otra vez los ojos—, es mi padre.

Una bomba que hubiese estallado en aquel momento no hubiese dejado más petrificados a los muchachos.

— ¿Ha dicho usted su padre?—preguntó Briley, con los ojos fuera de las órbitas.

Lunelia afirmó con la cabeza.

— ¡Voto al Diablo! Este es el mayor cuento de hadas que he leído en mi vida—exclamó el teniente—. He visto muchachas que van bastante lejos a buscar a sus padres, pero usted hasta ahora es la que gana.

— ¿Cómo está?—dijo Lunelia sonriendo por primera vez.

—Dentro de unos minutos podrá usted verle —siguió Briley— creo que le hará mucho bien este encuentro, pero creo, también,

que esto aumentará sus preocupaciones, que en verdad no son pocas.

Unas lucecitas verdes se encendieron en la cámara, dando la señal de que se había normalizado totalmente la atmósfera.

—Bien, vamos a entrar en nuestra casita—dijo Briley, y rascándose la cabeza con aire perplejo, siguió—. Mire Sta., su entrada al satélite después de lo que nos ha dicho, parece que será bastante teatral. No creo que al viejo le convenga representar un papel tan emocionante, de manera que túmbese usted, la taparemos un poco y mientras, mis amigos la llevan rápidamente al botiquín, yo prepararé a su padre. Ya veré cómo me las arreglo para que la emoción no sea tan fuerte.

Lunelia cogió la mano de Briley y se la apretó sinceramente.

—Gracias, no saben cuánto les agradezco todo... no sé qué decir...

—Pues no diga nada y estese quietecita—terminó Briley mientras hacía un gesto fanfarrón a sus compañeros—. Yo os decía yo que esta chica me necesitaba.

El ruido de las puertas al abrirse, cerró la escena. Taparon a Lunelia y esperaron para entrar

Al quedar el paso expedito varios hombres esperaban con la sorpresa y la ansiedad pintadas en el rostro.

— ¿Se trata verdaderamente de un hombre? —preguntó el Dr. Sadrow.

—No, mi general—dijo alegremente Briley—.

¡Se trata de una mujer!

La sorpresa se convirtió en estupefacción.

El Dr. Sadrow se llevó su mano al bigote, que alisó nerviosamente. Era hombre de avanzada edad, alto y de aspecto prócer; sus muchos años no aminoraban su ánimo entero y decidido. Por ello había sido elegido, precisamente, para el mando de uno de los satélites, a los que se había asignado una misión que tenía mucho de conquista y mucho de aventura.

—Esta mujer necesita cuidados urgentes —dijo Briley, y como si estas palabras fueran una consigna, los dos muchachos que se habían hecho cargo de la camilla, partieron veloces hacia el botiquín.

—Mi general—continuó alegre Briley—necesito hablar con usted, reservadamente y en seguida.

—Sígame.

Entraron ambos en el despacho.

—Usted dirá—dijo Sadrow.

Briley se paseó nerviosamente, no sabía cómo empezar y el general le miraba asombrado.

—Briley, ésta es la misma actitud que adoptaba usted cuando tenía que pedirme un permiso injustificado en la época de adiestramiento. ¿No me dirá que quiere salir esta noche?

—No, mi general. ¿Cómo se encuentra usted, mi general?

— ¿Espero que no haya hecho usted esta escena para interesarse por mi salud?

—Efectivamente, mi general, pero como el médico dijo que se trataba de una dolencia de corazón...

—Cuando después de todo lo que hemos pasado, no he reventado aún, es que mi corazón puede resistir perfectamente y ¡qué caramba! ¿Qué tiene que ver mi corazón con todo esto?

—Mire, mi general, es que usted conoce la mujer que hemos salvado...

— ¿Que yo conozco a esa mujer? Briley: tengo abundantes relaciones, pero no creo que el círculo de mis amistades sea tan amplio como para tropezarías en la órbita de Neptuno.

—Sí, mi general, usted la conoce.

—Bueno hombre, dígame pues, en nombre de Dios, ¿quién es?

—Es su hija.

Sadrow le miró asombrado.

— ¿Mi hija?

—Sí, mi general, ella lo ha dicho.

El general llevóse la mano, con un movimiento involuntario, al corazón, palideció intensamente y dijo:

— ¡Dios mío! ¿Cómo es posible? Y salió como impelido por un huracán con dirección al botiquín.

De un fuerte empujón abrió la puerta y...

— ¡Lunelia, hija mía!—gritó y se precipitó sobre la cama donde ella estaba incorporada.

¡Padre! ¡Padre!.—sollozó Lunelia—. ¡Gracias, Dios mío!—y llenas sus mejillas de lágrimas acurrucó su cabecita sobre el amplio y entonces jadeante pecho de su padre, que la cogió mimosamente entre sus brazos como si fuera una niña.

Sadrow pudo al fin hablar con una voz llena de carraspeos y que las lágrimas que ahogaba hacia extrañamente dulce.

— ¿De dónde sales, hijita? ¿Cómo estas en este fantástico mundo?

—Padre, yo sabía que no habías muerto; es una historia larga... _

— ¡Válgame el Cielo, pequeña! ¿Por qué has venido?

—Nunca se sabe verdaderamente por qué ocurren las cosas, pero me voy convenciendo de que Dios las dispone de la mejor manera. Ahora creo que he llegado aquí porque se necesita de mi presencia; espero que os ayude a todos.

—Es muy difícil, Lunelia. Somos prisioneros de unos extraños seres que ignoro qué quieren de nosotros.

—Ellos son los que me han traído aquí, pero yo puedo hablar con ellos, padre.

Sadrow miróla sorprendido.

—Es imposible, pequeña. No podemos siquiera captar sus vibraciones vocales.

—Esto ya lo sé; pero tengo una clave que confeccionaron los hombres de Wranel y conmigo han traído a uno de los suyos que sabe usarla también. Verás cono no han de tardar en intentar ponerse en comunicación conmigo. Creo que es conveniente que sepas cuanto ha sucedido en el otro satélite de Neptuno.

\ Lunelia explicó a su padre su singular aventura sin omitir ningún detalle... sólo alguno dejó de explicar, que aunque omitió fue presentido por la experiencia de su padre.

— ¿Y quién es ese maravilloso Wranel?—preguntó al fin sonriente el Dr. Sadrow.

Ella enrojeció vivamente:

—Es el jefe de la patrulla «Aligátor» de combate. Han venido para romper el cerco alrededor de Neptuno.

—Bien pequeña, algo parece que ha hecho tu héroe. Dios quiera que podamos llegar a conseguir algo definitivo.

—Si no muere lo conseguirá, padre—dijo Lunelia con entusiasmo.

Sadrow sonrió de nuevo:

Ya veo que es capaz de conseguir bastantes cosas.

— ¡Padre! Por favor—musitó Lunelia ruborosa.

— En fin, pequeña, ya veremos cómo termina esta situación. Nuestra historia es muy parecida pero menos heroica. Fuimos también atraídos por esos malditos rayos al cruzar la órbita de Neptuno. Como unas fantásticas pinzas nos atenazaron, nos atrajeron hasta aquí y nos depositaron sobre esta especie de pista, donde en un estado de ansiedad constante llevamos casi seis meses. Hemos intentado por todos los medios posibles ponernos en contacto con estos extraños seres, sin que hasta ahora hayamos conseguido nada.

—Pero. ¿Nadie ha salido del satélite?

No lo había permitido hasta hoy. Cuando te han colocado

delante de nuestras bocas de lanzamiento he tenido que autorizar al teniente Briley y a tres amigos suyos para que saliesen a salvarte. Si no lo hubiese hecho creo que se habrían sublevado.

—Y ¿no te sientes orgulloso de ellos?

—Sí, pero son peligrosamente valientes.

—No seas viejecito, padre. ¡Estos son los únicos hombres capaces de conquistar el mundo nuevo que buscamos!

—Seguramente debe ser así, pero he de tener yo la prudencia que a ellos les falta. En el equilibrio del valor y la prudencia está el buen sentido.

—Creo, padre, que por lo menos durante un tiempo habrá que abandonar la prudencia si queremos salvamos. Ves. ¿No me preguntabas que para qué había venido? Pues aquí lo tienes: para empujarte a hacer disparates—dijo Lunelia alegremente.

Se acercó un hombre respetuosamente hasta el borde de la cama.

— ¡Señor!—dijo—el observador dice que vaya usted cuanto antes.

—Empiezan las novedades; verás como yo tenía razón. Me levanto en seguida e iré a tu lado; seguro que me necesitarás—aseveró Lunelia.

Le habían aplicado tónicos cardíacos y nerviosos y se hallaba perfectamente bien. ¡El fin no había llegado aún! Era necesario luchar. ¡Quién sabe! ¿Por qué no había de recuperar su amor como había recuperado a su padre? El Cielo era clemente con ella y podía abrir el corazón a todas las esperanzas.

Sadrow se dirigió rápidamente al observatorio.

—Observe señor, esta gente pretende hacernos señales—le indicó el encargado.

En efecto, junto a la pared del fondo habían aparecido dos formidables gigantes que mantenían levantada una pizarra llena de extraños guarismos.

—No comprendo lo que esto significa—dijo Sadrow—pero creo que nos ha llegado un buen intérprete. Espere un momento.

Volvióse para ver llegar en aquel momento a Lunelia. Una oleada de orgullo invadió su corazón al darse cuenta de la belleza de su hija.

—Bien, pequeño soldado—dijo—parece ser que tenías razón; supongo que estos signos serán la clave de que me has hablado.

—Sí, lo son—dijo ella extendiendo los cuadernos encima de la mesa. Vamos a ver qué quieren decirnos.

Poco a poco fue traduciendo el mensaje de la pizarra: «No

queremos haceros daño, pero no olvidéis que sois prisioneros y estáis en nuestras manos. Sólo queremos los planos y los cálculos para construir vuestras astronaves. Después seréis libres. Contestad en una pizarra desde el interior; os observamos: Eurian».

—Pero sigue aún—dijo Lunelia.

«Eurian no conoce aún la clave, confía en mí.

Podéis contestarme tranquilamente. No os fiéis de él».

—Pero... ¿Cómo es posible que le contestemos desde el interior?—preguntó Sadrow.

—Si padre, disponen de unos rayos que atraviesan todos los cuerpos. Es necesario contestar algo.

Sadrow atusó su bigote y dijo pensativo.

— ¡No parece que tengan malas intenciones...! —Padre: no te fíes de este Eurian. Es un hombre de guerra y todos ellos son perversos y ambiciosos.

—Creo que ahora servirá mi prudencia. Escribe.

«En principio no tenemos ningún inconveniente en colaborar científicamente. Pero no podemos daros datos que no tenemos si no dejáis de interferir nuestras emisoras.»

No tardó en llegar la contestación.

«Puedo hacer volar vuestro aparato cuando quiera. No os llegarán refuerzos. Si vuestros amigos que están en el otro satélite y tienen armas destructoras intentan venir, serán apresados por nuestros rayos Neptu. No podéis discutir. Puedo daros hasta tres días de plazo. Después seréis destruidos.»

Sadrow contestó:

«Insisto en que podamos transmitir.»

«Es inútil—apareció en la pizarra—. Si no teméis todos los datos levantad planos inmediatamente. Tenéis tres días»—y luego añadía: «Estad atentos, de una manera u otra comunicaré con vosotros.»

—Estas palabras—dijo Lunelia—son indudablemente de nuestro amigo. Es necesario no dejar de observar ni un momento.

Luego escribió en la pizarra.

«Empezaremos hoy mismo nuestro trabajo; dentro de tres días os comunicaremos el resultado.»

— ¡Pero hija!—gritó Sadrow— ¿cómo te comprometes a una cosa semejante?

—La prudencia desde luego vale, padre, pero ha llegado la hora de la lucha definitiva. Con mi contestación tenemos tres días de tiempo. Debes ordenar a algunos hombres que se pongan a dibujar planos, pues nos estarán observando. Entretanto debemos hacer

algo. Aún no sé qué será mejor, pero indudablemente hemos de obrar.

Sadrow miró a su hija entre asombrado y ofendido.

—Muy bien, capitán—dijo—parece que has llegado muy acostumbrada a mandar. /

— ¡Oh! ¡Perdona padre! Pero Wranel no esperaría, él obraría primero; es su manera de vencer.

—Quizá sí, pero desgraciadamente yo no soy Wranel—dijo enfurruñado el Dr. Sadrow—y tengo sobre mí la responsabilidad de quinientos hombres, cuya vida depende de mis decisiones.

—Estoy segura de que todos ellos desean luchar, aunque sea desesperadamente. Pruébalo. Llama a los jefes. Por otra parte, esperando solamente tampoco conseguirás mejorar su suerte.

—Me estoy dando cuenta, pequeña, que tu Wranel te ha contagiado una especie de fiebre de acción. Quizá en el fondo tengáis razón y sólo sea la impetuosidad juvenil la que llega a las grandes conquistas. Vamos a probarlo.

Lunelia abrazó a su padre con zalamería.

— ¿Ves, querido, como ya empiezas a estar bien dispuesto para los disparates? ¡Si verdad, de verdad, tú eres más valiente y más audaz que Wranel!

Sadrow no tuvo más remedio que sonreír... ¡Aun viniendo de una hija, siempre son amables los halagos de una mujer!

* * *

Sadrow pudo, efectivamente constatar que sus hombres, no solamente estaban dispuestos a la lucha, sino que la deseaban fervientemente. Seis meses de quietud y a los que no se veía posibilidad de solución inmediata habían llevado sus nervios al paroxismo y cualquier cosa les parecía mejor que la inactividad.

—Señor, creo que deberíamos organizar un desfile con dulzainas por delante de las narices de esos pelados—había dicho Briley.

Y éste era, verdaderamente, el espíritu que animaba a sus subordinados.

Sadrow hubo de sonreír. ¡Adelante pues con el ánimo de la juventud!

No fue necesario organizar ningún plan, pues la acción vino por ella misma.

Ni por un momento habíase dejado de observar, y hallándose el campo casi en la oscuridad, apareció uno de los gigantes en el extremo opuesto. Se avisó inmediatamente a Sadrow y a Lunelia

que no perdían ni uno de sus movimientos. El gigante dirigiéndose hacia el satélite, abrió primero los brazos ampliamente y luego llevóse una mano al corazón.

—Es un amigo, padre—anunció Lunelia. Así se saludaban al principio Wranel y Nuriten. No cabe duda de que le envía el que los hombres de guerra trajeron conmigo. Ningún otro podía saber esto.

El gigante fue acercándose al satélite como observando sus proporciones. Dio vuelta al mismo, y al marchar, dando ya la espalda al aparato, dejó caer de su mano algo, como a cincuenta metros de las bocas de lanzamiento.

—Es necesario recoger eso en seguida—dijo Lunelia—algo muy importante quieren decirnos.

Sadrow llevóse su nerviosa mano al bigote con su habitual gesto de preocupación.

—Es peligroso salir para recoger eso; pueden estar observando o puede ser una añagaza para tener rehenes.

— ¡Padre, si no sale nadie saldré yo!—dijo decidida Lunelia.

—Pero, ¿es que ustedes se han olvidado que al único que le gusta salir de noche es al teniente Briley?

Volviéronse todos y se hallaron delante de Briley que estaba ya enfundándose en su traje metálico.

— ¿Puedo tener el honor de que me ayude usted a ponerme la escafandra, señorita?

—Teniente, usted sabe que esto es peligroso... —intentó decir en son de protesta Sadrow.

—Sí, lo sé, mi general, pero reconozca que mis salidas son de suerte—dijo mirando con picardía a Lunelia.

Nadie pudo objetar. Terminóse de vestir y rápidamente adentróse en la cámara de presión.

Cinco minutos después observaron todos, lleno el corazón de zozobra, cómo Briley tendía su escalerilla, bajaba y paso a paso se acercaba a la pequeña cosa que el gigante había dejado caer.

Nada movióse en los extremos del campo Briley incorporóse y lentamente llegó de nuevo a la escalera.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando estaba de nuevo en el interior del satélite con un fino papel, muy estrujado, en la mano.

Mi general—dijo por todo comentario—cada vez estoy más convencido de que debemos salir a tomar el aire. De lo contrario nos apolillaremos.

Con verdadera ansiedad desdobló Sadrow el papel, para hallarse ante una página llena de los extraños guarismos de la

clave.

Lunelia lo descifró:

«No entreguen los planos. Si lo hacen serán destruidos por Eurian. Ha instalado una carga explosiva por debajo de donde ustedes se hallan Cree que destruyendo una parte del aparato es suficiente, pues morirán ustedes por falta de aire acondicionado y ellos podrán examinar cómodamente sus aparatos. Quieren obtenerlos a toda costa para dominar con ellos el espacio. Si se deciden a obrar yo les ayudaré. Tienen poco tiempo. Es urgente. Les observan hasta que todos ustedes descansan. Cuando venga de nuevo la oscuridad salgan tres de ustedes con las armas destructoras y con mucho cuidado sitúense en el ángulo N.E. Si tenemos suerte destruiremos los rayos «Neptu», los aparatos que provocan la interferencia y la carga explosiva. Es su única oportunidad. Numan».

—Mi general, cuénteme por uno—dijo Briley—y creo además que debería de llevar conmigo a los otros que salieron antes. Somos conocedores del terreno—dijo con énfasis.

—Pero ninguno de ustedes puede entenderse con Numan—dijo Lunelia.

—Parece un buen chico, nos entenderemos por señas.

—Es más que un buen chico, es un valiente. ¡Pero yo iré con ustedes!

Ni uno solo dejó de contemplarla con admiración y sorpresa.

—Pero, esto no puede ser, hija mía—dijo Sadrow—tú ya no debes moverte de aquí. Esto es una misión para los hombres.

—Perdona que te lleve la contraria, padre; no se trata de una cuestión en la que tenga importancia tu cariño y el mío, que ya sabes que es inmenso, ni es una cuestión de hombres o mujeres. No estamos en un salón. A millones de kilómetros de la Tierra, luchamos por la felicidad de nuestros hermanos y yo tengo la obligación de hacer cuanto pueda. Mi presencia en la expedición lo hará todo más fácil y no faltaré.

Nadie se atrevió a oponerse. Sadrow bajó la cabeza y sólo pudo decir entre el dolor y el orgullo:

— ¡Eres hija mía!

—Señorita, aunque no estemos en un salón: ¿Me permite usted que le bese la mano?—dijo emocionado Briley.

—También irá usted, Briley—contestó Lunelia dándole su pequeña mano, —bésela, pero luego déjeme que estreche la suya. Con hombres como todos ustedes, es forzoso que conquistemos el espacio.

CAPITULO VIII

Fue casi con envidia que la mayor parte de los tripulantes del B.X. 107, despidieron a los tres hombres y a la mujer que salían a una aventura fantástica. Nunca, nadie llevó tan fervientes deseos de éxito.

En plena oscuridad y sin que nadie se moviese de su litera, los cuatro se vistieron y sin decir siquiera una palabra se dirigieron a la cámara de salida.

Lunelia no pudo hablar con su padre. Se acercó simplemente a su litera y le dio un beso. Sadrow cogió las manos de su hija y con los ojos llenos de lágrimas se las apretó fuertemente.

— ¡Que Dios os acompañe!—musitó.

Reunióse la chica con sus tres acompañantes y entraron en la cámara.

Cinco minutos después bajaban cautelosamente la escalerilla que habían lanzado y ponían pie a tierra.

Uno detrás de otro fueron, poco a poco, dirigiéndose al rincón que Numan les había indicado; la oscuridad era completa y nada se movía a su alrededor. Parecían fantasmas de un mundo deshabitado.

Llegaron por fin al ángulo del campo y se arrimaron a la pared. Nadie los esperaba ni había señal de vida. Transcurrieron casi veinte minutos sin observar el más pequeño cambio. Se necesitaba todo su temple para no dejarse dominar por los nervios.

Por fin una pequeña grieta empezó a abrirse en el ángulo de las dos paredes, lentamente se hizo mayor y en el pequeño resplandor que venía del interior, vislumbraron al gigante que el día anterior hizo señales de amistad. Llevóse la mano a la boca, como indicando silencio y cautela y les indicó seguirle.

Con el corazón lleno de emoción traspusieron, los cuatro, la pequeña rendija y siguieron a su amigo por un corredor largo y estrecho iluminado por un leve resplandor rojizo. Antes de llegar al final paróse su guía y dio unos golpecitos en la pared. Al momento abrióse una puerta y entraron por ella.

Se hallaron en un amplio laboratorio, donde cuatro o cinco gigantes neptusianos los aguardaban. Entre ellos y aún herido, estaba Numan, sentado.

Levantóse con dificultad y acercándose a Lunelia, que parecía a su lado una pequeña muñeca, púsole la mano sobre el hombro.

Ella señaló a sus amigos, como en gesto de presentación, y cada uno de ellos saludo también a Numan. .

Sentóse luego el herido y escribió:

—Lo que vamos a intentar es muy peligroso, pero es la única posibilidad de salvaros. Estos son mis amigos—y señaló a los que le acompañaban—y amigos de Nuriten.

Lunelia escribió:

—Estamos dispuestos a lo que sea necesario.

—Bien, ¿podéis comunicar con vuestros amigos del otro satélite?

—Si se suspende la interferencia, sí.

Este amigo—señaló—es el encargado de estos aparatos; dentro de cinco minutos estará suspendida. Uno de vosotros debe quedarse con él para protegerle o destruir los aparatos si le descubren.

— ¿Cuánto pueden tardar en llegar aquí los que hemos dejado?

—Muy poco, quizá media hora.

—De acuerdo. Es necesario avisarles que vengan en seguida, pueden ayudamos. Los demás iremos a destruir el peligro.

Se dirigió luego a uno de sus compañeros, que en seguida maniobró en sus aparatos. Pocos segundos después hacía señas para que intentasen hablar.

Lunelia no perdió un momento; puso en marcha su trasmisor y...

— ¡Atención, «Aligátor»! ¡Atención, «Aligátor»! ¡Contesten, por favor!

Una voz metálica que a ella le sonó a música celestial no tardó en oírse.

— ¡«Aligátor» a la escucha! ¿Quién habla?

—Quiero hablar con el coronel Wranel!

Pasaron unos momentos, al cabo de los cuales se oyó la profunda voz del coronel:

—Wranel al habla—dijo ansioso—. ¿Quién es, por favor?

Lunelia tuvo que llevarse una mano al corazón que parecía quererle estallar.

— ¡Wranel! ¡Soy yo, Lunelia!—pudo decir con la voz entrecortada por la emoción.

¡Santo Dios! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Atiende, amor mío; no podemos perder ni un momento. Aquí está el satélite de mi padre. En este momento intentamos con la ayuda de Numan volar la instalación de rayos «Neptu». ¡Ven en seguida!

—Dentro de treinta minutos estaré con vosotros y que Dios, nos ayude.

Volvióse Lunelia a Numan y le escribió:

—Wranel sale con su escuadrilla. Tardará treinta minutos.

—Adelante—escribió Numan y levantándose apoyado en uno de sus amigos inició la marcha.

—Tus hombres deben destruir todo lo que se oponga a nuestro paso—escribió antes de salir.

Abrieron con cautela la puerta y se lanzaron al pasillo.

Lunelia, Briley y sus amigos prepararon sus armas atómicas. ¡Había llegado el momento de luchar!

—Los hombres de guerra de Neptuno disponen de armas explosivas—avisó ella a sus compañeros—. Resguardaos de sus tiros.

Dieron vuelta al pasillo. ¡En la nave contigua había un centinela! Uno de los sabios neptunianos hizo retirar a los hombres y los arrimó contra la pared. Solo, se acercó al centinela que no desconfiaba de su presencia; encaróse con él y al creer que iba a dirigirle la palabra, golpeó fuertemente su cráneo con la culata del arma que esgrimía.

Doblóse como un muñeco de paja y cayó al suelo.

Rápidamente lo arrastraron al oscuro pasillo, donde sería más difícil descubrirlo, y corrieron hacia el fondo.

Anduvieron largo trecho sin que nadie se opusiera a su avance, hasta que pudieron llegar a una amplia plazoleta.

Numan paróse antes de desembocar en ella e hizo expresivos gestos a Lunelia y a los suyos, indicándoles una enorme puerta que se abría al lado contrario y que estaba custodiada por dos hombres de guerra de formidable aspecto.

Sería sin duda la cámara de funcionamiento de los rayos «Neptu».

Era necesario atravesar la estancia rápidamente y lanzarse por sorpresa contra ellos. Briley entonces cogió a Lunelia por una mano y casi a la fuerza, la retiró hasta el último lugar. Maniobró en su pequeña emisora e intentó hablar. Si el amigo de Numan había podido llevar a cabo su propósito no habría ya interferencias electrónicas.

— ¡Quédese usted aquí y cúbranos una posible retirada!—dijo.

Lunelia volvióse. El primer paso estaba dado... y con éxito.

—Donde vayan ustedes puedo ir yo—contestó Lunelia.

Briley se envaró y adoptó un aire de superioridad y de mando que asombró vivamente a la muchacha.

— ¡Obedezca! ¡Aprenda a hacer lo que se le mande!

Se hubiera rebelado de no comprender que la disciplina era la Ley más sagrada para aquellos hombres y de no darse cuenta, también, que con espíritu de abnegada galantería querían ser ellos quienes corriesen el primer riesgo.

Acurrucóse contra una de las paredes, dispuesta a ser espectadora de la terrible escena.

Los dos hombres dieron un formidable salto, empezando sus armas a vomitar la destrucción en el instante mismo en que cayeron en medio de la habitación. La puerta se abatió deshecha y derretida sobre el cuerpo de los guardianes, requemados igualmente por los rayos.

Los dos muchachos, formidables hombres de acción, no podían perder la ventaja que les daba la sorpresa. Adelantáronse decididamente hacia el boquete que acababan de abrir y lanzaron sus rayos sobre la sala de máquinas.

La confusión más espantosa se produjo en unos segundos. Nada podía resistir el terrible empuje de las armas atómicas. Un enorme fragor como el de las olas enfurecidas, se extendió a lo largo de las galerías subterráneas, sembrando la alarma y el terror. Las enormes columnas, sin base, se hundían en el suelo arrastrando en su caída la obra de su instalación. Lunelia desde su rincón veía a sus amigos en medio de nubes de polvo y de fuego, lanzando sin cesar la destrucción y la muerte. Era algo terrorífico, pero al mismo tiempo grandioso.

De pronto sintió una terrible sacudida en la parte posterior de la escafandra, que lanzóla violentamente de bruces contra el suelo, lo que fue sin duda, su salvación. ¡Por el corredor avanzaba una verdadera tropa de hombres de guerra disparando sus armas sin parar!

— ¡Atención, Briley! ¡Nos atacan por la espalda! —pudo gritar desde el duro pavimento, y encarando su anua al pasillo disparó decididamente.

Entretanto Briley y sus compañeros se habían podido guarecer entre las ruinas que el hundimiento había producido, poniéndose fuera de la trayectoria de las armas de sus atacantes.

Lunelia, medio desvanecida, vio a human y sus amigos en el suelo, con los rostros desencajados por la emoción y el espanto.

Debía ser aquél, para ellos, un espectáculo aterrador.

De nuevo dispararon desde el pasillo, rebotando peligrosamente los proyectiles alrededor de la muchacha. No tenía posibilidad de resguardarse; estaba tendida en mitad de la habitación e intentar llegar hasta uno de los ángulos sería ofrecer, al levantarse, un blanco casi seguro a sus enemigos.

Vio con espanto cómo uno de los amigos de Numan, que estaba tendido casi a su lado, daba una pirueta y quedaba trágicamente inerte. Intento enfocar de nuevo su arma y varios golpes tremendos en su escafandra le hicieron comprender que su vida se mantenía por verdadero azar. Los impactos no podían destruir el acero-plástico, pero era sólo cuestión de momentos el ser alcanzada en otro punto vulnerable de su cuerpo.

— ¡Atención, Briley! ¿No pueden disparar contra el corredor?

—Todo es posible. ¡No se mueva!

Briley comprobó la apurada situación de la muchacha y sus amigos neptunianos. ¡Sólo un golpe de audacia podría salvarlos! Encaramóse rápido sobre un montón de retorcidos hierros y sin pensarlo más dio un formidable salto en sentido diagonal, hasta el centro de la habitación. Cayó como un muñeco de goma, rebotando materialmente y desenfocándose de la peligrosa boca del túnel, con ágiles piruetas que eran dibujadas por los proyectiles enemigos.

Por fin dejó de presentar un peligroso blanco, poniéndose fuera del ángulo de tiro. No podía ya ser alcanzado, pero a su vez no podía tampoco disparar contra los hombres de guerra. Miró a Lunelia, que se había acurrucado junto al cadáver del gigante caído, y lo hacía valer de macabro parapeto. ¡Era sólo cuestión de segundos el que fuera alcanzada por los disparos de los hombres de guerra que se aproximaban por momentos!

Miró a su alrededor ¿Qué podría hacer?

Una idea luminosa cruzó su cerebro. ¡Era la única salvación! Puso una rodilla en tierra y manteniendo firme el arma disparó contra la bóveda, precisamente encima del corredor. Hierro y cemento, medio calcinados cayeron a borbotones. En pocos momentos se halló dentro de una atmósfera de polvo y ruinas y la luz del exterior entro a raudales. El pasillo quedó totalmente obstruido y lo que había sido una cámara subterránea, quedó convertido en un pozo lleno de escombros. Dirigióse hacia sus amigos, que empezaban ya a levantarse, ayudando a Lunelia y a Numan que parecía haber llegado al límite de su resistencia.

— ¿Está usted bien, Lunelia?—preguntó ansioso.

—Creo que sí—dijo ella—. Esto parece el fin del mundo.

—Sí, hemos hecho mucho ruido. Bien, ahora es necesario terminar con la instalación de explosivos. Pregúntele a su amigo hacia dónde debemos ir.

Lunelia se dirigió a Numan, que se hallaba en brazos de sus amigos. No pudo escribir más que una palabra:

— ¿Explosivos?

Aquél hizo un cansado gesto afirmativo y dirigió unas palabras a uno de sus compañeros, que parecía dominado por el terror. Briley se acercó junto a él y calmosamente puso su mano sobre el hombro del neptuniano, iniciando una amplia y tranquilizadora sonrisa. Sabía que no podía oírle, pero Briley creía que también las almas se comunican.

—Vamos, grandote—dijo—no estaremos parados hasta que te se pase el susto, si no corremos nos echarán a volar la casita.

El gigante no oyó sus palabras pero sí debió entender su intención, pues haciendo un esfuerzo por sobreponerse, sonrió a su vez y encaminóse hacia lo que había sido la sala de máquinas.

Todos le siguieron apresurados, ayudando a Numan que no podía ya, materialmente moverse; jadeante y fatigado su lacerado cuerpo, sólo un esfuerzo de voluntad maravilloso le mantenía aun.

Corrieron difícilmente entre los escombros aproximándose a la pared del fondo; paróse en seco el neptuniano y cogiendo a Briley por el brazo hizo que se fijara en los bordes superiores de lo que ahora era un pozo. ¡Varias cabezas rapadas asomaban buscándolos en el interior!

¡Todos al suelo!—ordenó Briley, cogiendo de sus vestidos a los neptunianos que no podían oírle. Sus movimientos no fueron todo lo rápidos que hubiese sido necesario, pues una andanada de proyectiles rebotó contra las piedras circundantes...

Acercáronse unos a otros y cubriéronse con los residuos del derrumbamiento. Difícilmente podían ser alcanzados, pero tampoco podían intentar moverse. Sus enemigos estaban parapetados^ en los bordes de la hendidura sin ofrecer el más pequeño relieve y desde allí dominaban cualquier movimiento.

Numan tocó el brazo de Lunelia. Ella le miró y el gigante escribió en el suelo:

— ¡De prisa! No se puede esperar—y ansiosamente miró a la muchacha que comprendió claramente la situación.

Si se les daba tiempo, los hombres de guerra movidos por el odio y la venganza volarían el satélite artificial. Sólo era cuestión de momentos. ¡No era posible aguardar! ¡Allí estaba su padre! Ella debía aventurarse.

— ¿Dónde?—preguntó con los ojos en los que se reflejaba la decisión.

Numan la miró dulcemente y sonrió. Una serenidad impresionante se desprendía de su rostro que el dolor había transido. Alargó su mano y con fuerza se apoderó del arma atómica que empuñaba Lunelia. La miró nuevamente y escribió:

— ¡Acuérdate de Numan!—y apretando sus doloridos miembros en una contracción heroica, salió del pequeño refugio en el que se hallaban, arrastrándose palmo a palmo entre los escombros con dirección al muro del fondo.

Estupefactos y con el ansia pintada en cada uno de sus rasgos, seguían todos los movimientos del gigante. Fue avanzando lentamente, reptando su cuerpo entre los hierros y las piedras que arrancaban girones de su ropa y de su carne. Pronto le descubrieron también los hombres de guerra, que intentaron acribillarle con sus disparos.

Briley no pudo resistir la inactividad.

—Dispara contra uno de los lados—dijo a su compañero—yo dispararé en sentido contrario y en algo protegeremos el avance de este valiente.

Pronto aquel maldito agujero se convirtió en un verdadero volcán. Sus paredes volaban hasta el fondo desintegradas, arrastrando en pos de sí una verdadera «massacre» de hombres de guerra. Era, no obstante, preciso reconocer su valor y disciplina. Caían con las armas en la mano y sin dejar de hacer fuego, en verdaderas oleadas. Sus disparos no podían ser precisos, pero impedían que pudieran moverse los sitiados.

Numan impávido seguía pulgada a pulgada su avance hacia el fondo.

Lunelia pudo ver, con horror en su corazón, cómo en repetidas ocasiones fue alcanzado por los disparos. Pero parecía que nada ni nadie pudiese parar su avance. Desgarrada su carne y dejando un trágico reguero, seguía deslizándose con mil dificultades, engarfiando los dedos, que habían perdido su forma, sobre la tierra. Un deseo vehemente, un impulso fanático, mantenía aquel puñado de nervios, que, como un cíclope herido, quería llegar hasta lo que era su deber.

Las lágrimas rodaban abundantes por las mejillas de Lunelia. Nada más grandioso hubiese podido imaginar. Aquel ser extrahumano, daba gustoso su vida, rodeada su muerte de infinitos dolores, para abrir un camino de paz a sus hermanos los hombres. .

¡Maravilloso Numan!

Su nombre debería ser llevado en adelante en el corazón de todos los habitantes de la Tierra, como símbolo de la más extraordinaria magnanimidad.

Llegó por fin junto al muro y como desafiando cara a cara todo lo que él consideraba digno de barrerse, quiso ponerse en pie. Tambaleándose como un ebrio llegó a enderezar su gigantesca figura y disparó. Un agujero abrióle paso hacia el que se dirigió sin dejar de disparar, sembrando la destrucción con su terrorífica arma.

Apoyóse luego con su mano desocupada en el muro medio derruido y bajando el arma, primero, se dirigió a sus amigos y por última vez pudo llevar su mano al corazón en un postrer saludo.

Fue el centro de varias descargas y poco a poco, como un árbol milenario barrido por la » tormenta, cayó para no levantarse más.

¡Acababa de morir un valiente que, con el sacrificio de su vida, había salvado a los primeros hombres que pusieron su planta en Neptuno!

— ¡Nunca podré olvidarlo!—dijo llorosa Lunelia.

— ¡Era más que un hombre!—comentó Briley con admiración.

La comunicación seguía normalmente entre ellos, lo que indicaba que habían conseguido el éxito también, en lo que a esto se refería.

Fueron replegándose todos al mejor abrigo que entre las ruinas pudieron hallar. Pese a la ofensiva que contra los bordes de la hendidura habían desarrollado, nuevas oleadas de hombres de guerra aparecían a cada momento. Su situación era francamente comprometida. ¡Estaban sitiados dentro de aquel horroroso hoyo!

—Intente comunicar con el satélite—indicó Lunelia.

— ¡Atención! ¡Atención! Al habla Briley. Quiero hablar con el Dr. Sadrow.

¡Y la comunicación pudo establecerse!

— ¡Briley! ¡Briley! ¿Cómo está mi hija?

—Está a mi lado tranquilita y nos hemos divertido bastante, mi general—contestó Briley—.

Lo malo es que ahora nos cuesta un poco salir del baile. ¿Qué pueden observar ustedes? ¿Están fuera de peligro?

— ¡Gracias, muchachos!—siguió Sadrow—. He pasado muy malos momentos por vosotros. Aquí se ha desencadenado una verdadera guerra. Estamos sitiados por un ejército de gigantes.

—Uno de los nuestros quedó fuera, junto a los mandos electrónicos. ¿No ha sabido nada de él?

—No, pero parte de las construcciones de aquel ángulo por el que entraron ustedes han volado.

— ¡Dios mío! Se vería obligado a actuar violentamente. ¿Qué habrá sido de él?

Su conversación fue cortada por una nueva voz que llegaba del espacio clara y vibrante:

— ¡Atención B.X. 107! Aquí Wranel, de la escuadrilla «Aligátor». Observo su situación. Procuren resistir unos momentos más. Llegamos junto a ustedes.

Lunelia oyó también claramente la voz de Wranel y el corazón diole un vuelco. ¡Por fin volvía el destino a unirles! ¡Dios quiera que no llegue tarde!

Hacía ya buen rato que no eran hostigados por los disparos de los hombres de guerra y extrañábales aquel raro silencio; pero no dejaban de verse por encima de los bordes exteriores del cráter las ralas cabezas de sus enemigos, que, bien seguro, no habían renunciado a su venganza.

Como sumo cuidado para no exponer ninguna parte vulnerable procuraban no dejar de observar ni un momento. Al fin fue acercado al borde de su refugio un aparato muy parecido a los antiguos morteros de la Tierra.

— ¡Dispara!—dijo solamente Briley—y los rayos concentrados de los dos deshicieron en un momento aquel raro ingenio.

Nuevamente reinó una profunda calma, poniendo los nervios de todos en tensión.

¿Qué tramarían sus enemigos?

Pudieron observar cómo los hombres de guerra que cubrían la primera línea desaparecían de su vista, abandonando, en apariencia, su vigilancia.

— ¡Que no se mueva nadie!—gritó Briley aguantando con sus manos a los «sordos» neptunianos—. Esto puede ser una añagaza.

La calma continuaba, creando un clima más difícil de sobrellevar que la propia violencia. Estaban agazapados en su pequeño refugio aguardando, con los nervios desencajados, la sorpresa que presentían que fatalmente había de surgir.

Un relámpago, parecido a un gigantesco disparo de magnesio, los dejó de pronto casi ciegos.

Uno de los neptuanianos señaló un ángulo de la resquebrajadura, cubierto ahora, de una extensa llamita azul. Briley miró al gigante y su palidez le hizo comprender la gravedad del ataque.

La llamita azul iba propagándose poco a poco, como si la tierra fuese azufre que ardiese. Nada parecía oponerse al avance de aquel fantástico incendio. Los hierros ardían como tizones de

madera y los bloques de cemento se convertían en brasas azulinas, de un fuego que parecía insaciable. Avanzaba lentamente sin que nada escapase a su voracidad.

Se trataba de un enemigo fatal, contra el cual, sus armas serían impotentes.

Briley disparó la suya contra el borde del incendio y al producirse la desintegración atómica, de nuevo lució el relámpago cegador, dando actividad al destructor incendio.

Aquel fuego fantasmal debía producir una extraña reacción contra el que le era imposible luchar.

El foso se convirtió en un insoportable horno. El calor era irresistible y dentro de sus escafandras se les hacía casi imposible respirar; todos los esfuerzos parecían vanos. No podían escalar las paredes laterales, porque, aparte de ser casi imposible encaramarse en el talud que la desintegración había producido, era indudable que continuarían sitiados por los terribles guerreros neptunianos. Las temibles llamas azules avanzaban fatalmente. Podían luchar contra algo tangible y concreto, pero nunca podrían vencer un elemento desconocido que parecía fuera de lo real.

—Arrímense a la pared del fondo—ordenó Briley jadeante.

Lunelia le miró y a través de su escafandra vio su rostro lleno de gruesas gotas de sudor, cruzado por las señales de la más profunda preocupación.

No quiso ser ella quien primero diera señales de abatimiento, siguió con dificultad a sus compañeros hasta el fondo, lo más apartado del fatal incendio. Andaban como borrachos, procurando sostenerse agarrándose a las requemadas ruinas... ¡Briley tuvo una idea!

Apartándose de sus compañeros enfocó su arma contra el lugar donde antes se había abierto la boca del túnel, pensando que si lograba hacer desaparecer las ruinas que lo habían obstruido, tendrían, por él, una momentánea huida. Sus rayos taladraron las piedras y la tierra, empezando a formar una pequeña galería.

De pronto cególe el estallido a pocos pasos de él de un nuevo relámpago. Cuando pudo de nuevo mirar, vio otro foco del horroroso peligro azul, a su derecha. Sus enemigos se dieron cuenta seguramente de su maniobra y cortaron la posibilidad de avance. La situación se había hecho aún más crítica.

Descorazonado bajó su arma y se dirigió hacia sus compañeros, que habían seguido todos sus movimientos con el alma en los ojos... ¡Nada podía hacerse! ¡Habían sido vencidos!

Ahora eran atacados en un nuevo frente por el destructor

elemento que acabaría con ellos. Los neptunianos que debían sufrir aún más los efectos del enrarecimiento del aire, se había dejado caer, con abandono, junto al muro, esperando con fatalismo el fin, que sabían era inevitable.

Briley cogió a Lunelia por la mano y con cuidado llevóla hasta el lugar que creyó más resguardado, tendiéndola contra el derrumbado muro. Ella ya no podía resistir más.

— ¡Sea valiente, pequeña!—dijo con la voz tomada por una fuerte emoción—no dejaré que este extraño fuego la torture, pero debemos esperar hasta el final.

— ¡Gracias, Briley! Hemos hecho lo que habíamos—susurró ella. No podía casi hablar y una palidez mortal cubría su rostro.

El tampoco resistiría mucho tiempo, pero se propuso poner toda su voluntad a contribución para mantenerse en pie hasta el último momento. Cuando llegasen las pequeñas y voraces llamas junto a ellos dispararía contra sus amigos, sería siempre más caritativo que dejarles morir entre horrorosos suplicios. Apretó su mano convulsivamente contra unos retorcidos hierros, mientras contemplaba desesperado el triste cuadro que formaban sus compañeros por quienes nada podía hacer.

¡Cuán a gusto hubiera cambiado su vida por la salvación de ellos!

Manteníase en pie y alerta gracias a un supremo esfuerzo de voluntad, mientras miraba con los ojos fuera de las órbitas el fuego que avanzaba como si fuera una avalancha de pequeñas serpientes. Las piernas le flaqueaban y se le cerraban los párpados... ¡Era necesario mantenerse en pie!

— ¡Oiga, Briley! ¡Briley! .

Le pareció una voz lejana y misteriosa. ¡Nadie podía llamarle!

— ¡Briley! ¡Conteste, por favor! ¿Dónde están?

Intentó hablar pero su reseca garganta no pudo articular palabra.

— ¡Conteste! ¡Dígame dónde se encuentran! ¡Puedo ayudarles!

Una mueca rara contrajo sus labios, quena sonreír. ¡Nadie podía ayudarles! ¡Serían pasto fatal de aquel terror azul!

Miró a sus compañeros y al mismo tiempo vio aparecer una llamita azul por encima del más próximo montón de tierra. ¡Había llegado la hora!... Lentamente y como si su pequeña arma pesara toneladas, fue levantándola para encararla a los que, ya desvanecidos estaban en el suelo.

— ¡Perdóname, Señor! Debo hacerlo—y apuntó—. Tú harías lo mismo...

Algo cayóle encima y le aplastó contra el suelo. Una extraña luz

inundó su cerebro y sintió la sensación de que flotaba en un mar de llamas que luchaban para alargar su punta hacia donde él estaba....

CAPÍTULO IX

Escasamente en tres minutos Wranel puso en situación de despegue las dos aeronaves que habían quedado de su escuadrilla.

— ¡Sígueme en uno de tus aparatos, Nuriten, allí serás necesario!

Como dos pequeñas y brillantes estrellas cruzaron raudos el espacio.

Wranel situóse en su observatorio y no perdió un detalle de todo cuanto ocurría en el astro gobernado por Eurian. Al poco tiempo de hablar con Lunelia notó el derrumbamiento de las torres metálicas. ¡Magnífico! El espacio era suyo y ya no podía fallar su ayuda. Más tarde fijóse en un profundo hoyo que se producía cerca de donde habían estado emplazados los rayos «Neptu»; no pudo examinar lo que dentro quedaba, pero al notar que una formación guerrera sitiaba el agujero, no dudó de que se trataba de un foco de resistencia.

¡Allí estarían, sin duda, Lunelia y sus amigos!

Más hombres de guerra aparecieron sobre el campo y sitiaron igualmente el satélite artificial. Era difícil que pudieran destruirlo, pero no teniendo los grandes aparatos de protección radial, era indudable que sus ocupantes se hallaban en peligro inminente. Los satélites artificiales no se consideraban armas de guerra y por tanto no disponían de dispositivos ofensivos. Por otra parte, dada su posición sobre el campo, no le era posible lanzar las pequeñas astronaves de reconocimiento de que estaban dotados y los hombres de guerra terminarían con ella, sobre todo, si como era lógico suponer, disponían de algún ingenio artillero.

—Zadok—dijo Wranel—prepare sus ametralladoras de alta tensión. No podemos usar armas atómicas porque nos exponemos a destruir a los nuestros. Baje cuanto pueda y en pasadas rasantes ataque la formación de hombres de guerra que sitian el satélite.

Disponían las astronaves, de unos aparatos muy parecidos a las ametralladoras antiaéreas y que disparaban ondas eléctricas a una altísima frecuencia. Por estas armas se decidió Wranel; tenían el

inconveniente de que era preciso acercarse al objetivo, pues a más de 5.000 metros eran prácticamente inofensivas, distancia que resultaba insignificante a las astronómicas velocidades que adquiría la nave estelar. Era por lo tanto necesario usar de ellas con suma precisión, un pequeñísimo error podría llevar, ahora la muerte a sus amigos que se hallaban casi juntos a los atacantes. Sus dispositivos de tiro y la indudable pericia de sus hombres, ofrecía, en cambio la ventaja de poder precisar el tiro y evitar la destrucción que producían siempre las armas atómicas.

Tardaron unos veinticinco minutos en hallarse a la distancia precisa para iniciar el ataque.

¡Buena suerte, Zadok! Cuando vea que es ya posible aterrice junto al satélite.

Las dos astronaves se lanzaron en picado sobre los ejércitos de Eurian, llenándolos de terror. Su velocidad fantástica, el ruido ensordecedor, que aun para el oído de aquellos seres, producían, y la silenciosa muerte que sus rayos sembraba, era para ellos una aparición apocalíptica. La invasión pavorosa de algo extraño y aterrador que llegaba vengativo de más allá de su cielo. Eran muchas las cosas insospechadas que aquellas criaturas habían sufrido en poco tiempo para que no se apoderase de ellos el pánico, desmoralizando las, hasta ahora, aguerridas filas.

El campo quedó en poco tiempo sembrado de cadáveres. Los más valientes intentaban agruparse alrededor de sus jefes y lanzar proyectiles artilleros contra las astronaves. ¡Vana empresa! La velocidad supersónica de los aparatos los hacia invulnerables a cualquier ataque de los neptunianos.

Después de tres o cuatro pasadas rasantes, el ejército de los hombres de guerra quedó maltrecho y humillado. Aterrorizados lanzaban los gigantes sus armas y huían hacia donde creían poder hallar protección. Otros tirábanse al suelo esperando la muerte que creían inevitable.

Wranel puso su astronave a punto de aterrizar y al constatar la ineficacia de los guerreros ordenó:

— ¡Todos preparados para el desembarco! ¡A la cámara inmediatamente!—y con hábil maniobra posó su aparato escasamente a doscientos metros del lugar donde había divisado el hoyo.

Fue el primero en bajar a tierra y como alocado con cuatro de sus hombres hacia el negro agujero del que salía una tenue humareda.

Llegaron saltando sobre los cadáveres de los hombres de guerra

junto al borde de lo que parecía un cráter volcánico y dentro del cual nada pudieron ver en los primeros momentos. Noto que el derrumbamiento había sido producido por desintegración atómica... ¡Allí habían estado Lunelia y sus amigos! Fue con cuidado examinando palmo a palmo aquella abrasadora boca y... ¡Santo Dios! allí, precisamente en aquel rincón, había un hombre intentando disparar su mortífera arma sobre los que creyó debían estar heridos o moribundos.

—Traigan inmediatamente cuerdas y escaleras gritó, y sin pensarlo más lanzóse al pequeño abismo, sobre el hombre que intentaba disparar.

En el suelo quitóle el arma y vio que estaba completamente agotado. Examinó a los demás tendidos a su lado y al acercarse hallóse ante el rostro de Lunelia, mortalmente pálida y agotada también su resistencia.

El calor era irresistible, los segundos se le hacían horas. Cogió entre sus brazos el cuerpo de Lunelia y miraba ansioso la boca de la hendidura. No tardaron en aparecer sus hombres que lanzaron varias escaleras.

—Recojan en seguida a estos dos hombres y llévenlos al Dr. Runy—ordeno—. Saquen también a los gigantes y acomódenlos junto a la astronave. No podemos hacer nada por ellos, pero no ha de tardar en llegar Nuriten y los suyos.

Subió frenético la escalera con su preciosa carga y corrió hacia su aparato. Los minutos de adaptación parecían siglos. Encendiéronse por fin las pequeñas luces verdes y entró como una tromba.

— ¡Runy! ¡Runy! ¡Es Lunelia! ¡Ayúdame!

Runy recogió a la muchacha y con destreza le quitó rápidamente su equipo. La examinó con cuidado mientras Wranel frotándose nerviosamente las manos le observaba, y dijo:

—Esta muchacha no tiene nada, Wranel; defectos de respiración y seguramente, un colapso nervioso, tranquilízate.

Llegaron también varios tripulantes con los dos hombres hallados en el pozo, que, igualmente, examinó Runy.

—Estos muchachos han pasado un mal trago —comentó—pero de ésta, por lo menos, se han salvado.

Aplicóles a todos un tónico cardíaco y unas inyecciones calmantes.

—No tardarán en volver en sí—terminó.

El primero en abrir los ojos fue Briley.

—Esto... ¿Es verdad o es que estoy en el Cielo ?—preguntó.

Ante la sonrisa de los que le rodeaban continuó:

—Es que antes pasé por el Infierno y yo sabía que no lo merecía.

—Cálmese, amigo, afortunadamente llegamos a tiempo.

— ¿Es usted el coronel Wranel? ¿No?

—Efectivamente.

—Pues créame que lo siento, porque en adelante no podré hablar mal de mis superiores y esto me restará muchos motivos de conversación.

Wranel le estrechó efusivamente la mano.

Merece usted que le autorice a hablar mal de mí alguna vez. Es usted un valiente.

En aquel momento abrió los ojos Lunelia; paseó su extraviada mirada por todo el recinto con el mayor asombro y un escalofrío de terror recorrió su cuerpo.

— ¿Dónde estoy?—pregunto extrañada

Wranel se acercó solícito y tomó entre las suyas las pequeñas manos de la muchacha.

—Por fin volviste a casa, pequeña—dijo con acariciadora voz.

Ella le miró como si no pudiese creer lo que ocurría

— ¡Wranel! ¡Dios mío cuánto miedo he pasado! —y se lanzó mimosa contra el amplio pecho del coronel, llorando como una niña desvalida.

—Mi coronel—dijo Briley—a fe que no entiendo nunca a las mujeres. Mire cómo llora esta criatura que hace media hora parecía un capitán de cosacos.

—No intente entenderlas nunca, Briley. Cuando las mujeres dejen de ser un misterio para nosotros es que habrán dejado de ser mujeres.

—Mi coronel; observe, por favor.

Volviéronse sorprendidos. Era el encargado del observatorio.

Wranel se acercó y ante sus ojos apareció el rápido paso de las escuadrillas neptunianas.

¡Abandonan el campo, muchachos! El peligro ha pasado; Nuriten, que llegará de un momento a otro se encargará de reorganizar todo este maremágnum. Creo que de momento hemos conseguido todos los objetivos.

El contento y la satisfacción aparecía en todos los rostros y el recuerdo de los peligros y las penalidades pasadas se esfumaba ante la .victoria obtenida.

—Es necesario intentar la comunicación con el mando—dijo Wranel—. Pero no quiero hacerlo desde aquí. Será un momento

solemne. Comunique al capitán Zadok que se persone con sus hombres al B.X. 107 y nosotros vamos allí también.

Miró cariñosamente a Lunelia.

—Para mí—continuó—será más solemne que para los demás. ¡Vamos, pequeñas! Tu padre se morirá de ganas de volverte a ver.

Con toda la rapidez posible salieron de la astronave y cruzaron el campo de batalla lleno aún de víctimas y despojos en dirección al satélite. Las cámaras de presión eran suficientes para todos y en pocos minutos se hallaron despojándose de sus escafandras y ante la presencia de Sadrow.

El viejo general no podía articular palabra. Su emoción era inmensa; abrazó a su hija con los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Bien sabe Dios que no pensaba volverte a ver!

—Pero aquí estoy, padre, y, debo decirte, que con los hombres que tienes a tus órdenes ninguna operación sería nunca demasiado osada.

Wranel se acercó a Sadrow.

—Mi general, me encanta conocerle y soy feliz por haberle hallado; he de confesar, no obstante, que la fe y el tesón de su hija ha hecho mucho en esta empresa.

Sadrow estrechó su mano con calor.

—Gracias a todos—dijo entre emocionados carraspeos—vuestra juventud es una maravillosa promesa para el futuro; la causa de los habitantes de la Tierra, en vuestras manos ha de triunfar.

—Todos lo esperamos así, mi general—continuó Wranel—y ahora es necesario ponerse en comunicación con el Alto Mando.

Se dirigieron todos hacia la estación emisora. Era un momento crucial, nadie profería una palabra. El operador maniobró e hizo señas para que se hablase.

Sadrow cogió por el brazo a Wranel y le empujó hasta el micrófono.

—Es usted quien debe hablar primero, Wranel; de usted es el triunfo.

—El triunfo es de todos, mi general; mi voz será la de cada uno.

La expectación más extraordinaria reinaba entre los allí presentes.

— ¡Atención! ¡Atención! ¡Habla B.X. 107! ¡Conteste B.X 33!

¡El vuelo de un insecto entre aquellos hombres hubiera sido notado! El ansia estaba en los ojos de todos.

¡Clara distinta y segura sonó la voz!

— ¡B.X. 33 al habla!

Nunca debió comprender el operador de B.X. 33, lo que en

aquel momento había ocurrido. A sus oídos llegó un estentóreo ¡Hurra! que salió del corazón de varios centenares de hombres que habían estado confinados a millones de kilómetros de sus semejantes.

—Wranel al habla. Deseo hablar con el general Lawnkel.

—Hable, Wranel, nos ha tenido con el alma en vilo muchas semanas.

En aquel momento apareció el espíritu sereno de Wranel, que sin dejarse llevar de la euforia del momento se limitó simplemente a comunicar:

—Mi general, las órdenes han sido cumplidas. ¡Nuestro camino está libre! Esperamos sus órdenes.

Y en efecto a los pocos momentos fueron capeándose las señales de los diversos satélites que durante meses y meses habían estado separados de sus semejantes.

— ¡Dios le bendiga, Wranel!—oyóse decir a Lawnkel—los hombres nunca podrán pagarle lo que ha hecho.

Wranel separóse del micrófono y cogiendo tiernamente a Lunelia, le dijo mirando sus transparentes ojos:

—Los hombres quizá no, pero tú sí, vida mía —y la besó apasionadamente.

* * *

Unas horas más tarde Nuriten se había hecho cargo ya del mando del satélite.

—Es mucho lo que has hecho por tus semejantes, Wranel, pero tanto o más has hecho por mi pueblo. El más peligroso ingenio ofensivo de Drowan ha sido destruido y su indomable orgullo abatido. Organizaremos ahora la lucha contra su poder en el propio astro para librar a nuestros hermanos. ¿Nos abandonarás en esta lucha?

—Como te dije al principio, la disciplina es necesaria para toda obra grandiosa. Sólo el Alto Mando puede decidir. Pero es mucho lo que hemos hecho. La Tierra y Neptuno, astros hermanos, están poblados de seres que son hermanos también; juntos hemos de alcanzar la felicidad y juntos lucharemos contra la violencia, pues por haber salido todos de la mano de Dios hemos nacido para amamos y ayudamos.

—Que Él te oiga, Wranel!

—Llegará un día en que ningún orgullo ni desmesurada apetencia podrá bloquear el espacio que Dios hizo para todos.

F I N

INDICE

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 6 pesetas.